

*C. MELIA TENA*

# **DIVAGACIONES**



*CASTELLON DE LA PLANA*

*M. CM. LXXVIII*

SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CVLTVRA  
*CRITICA E IDEAS ESTETICAS.—IV*

DIVAGACIONES

*C. MELIA TENA*

# **DIVAGACIONES**



*CASTELLON DE LA PLANA*

*M. CM. LXXVIII*

COPYRIGHT BY



1978

Depósito legal CS. 119 - 1978

I. S. B. N. 84 - 00 - 03750 - 2

---

Imp. Hijos de F. Armengot. - Enmedio, 21. - Castellón de la Plana, 1978

*A mis nietos:*

*Tened siempre presente  
que de una vida se puede  
hacer una hermosa obra  
de arte.*

## A MODO DE JUSTIFICACION Y DISCULPA

*Los escritos que componen el presente volumen no responden a ninguna unidad de obra, ni siquiera forman un conjunto más o menos homogéneo de temas diversos estudiados con algún método y forma. No van más allá, ni ofrecen otros resultados, que el de haber sido realizados sin propósito fijo y determinado. Son simples escarceos alrededor de un terreno, eso sí, puramente intelectual.*

*Se escribieron hace ya muchos años. Algunos estaban poco menos que olvidados y abandonados como están los utensilios y retales en un cajón de sastre; otros vieron la luz en las páginas del Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura (BSCC en siglas). Todos quedan muy lejos, muy atrás, en la perspectiva de mi ya empezada a ser larga vida. Mas he sentido la vanidosa tentación de publicarlos, lo que se hace conjuntados del mejor modo posible.*

*He querido llamarlos divagaciones porque en realidad no otra cosa son de más trascendencia y de mayor valor. Han sido para mí agradables desviaciones del monótono y disciplinado quehacer profesional, en unas épocas, y en otras sirvieron de diversión al pesado esfuerzo que me suponía la rigidez metódica del estudio*

*de las ciencias físico-matemáticas, donde toda digresión, desviación o escape resulta ser tan imposible como impropio. Al mismo tiempo me producía esta actividad usurpada de escritor la fruición temeraria de adentrarme en campos que no eran los míos propios; el irme de caza, sin licencia, como furtivo cazador.*

*No quiera verse en estos escritos otra cosa que meras divagaciones sobre temas que surgen al deambular intelectualmente en áreas conexas o totalmente ajenas al campo que está uno obligado cotidianamente a hollar por su trabajo profesional. Son ejercicios del intelecto con un dejar volar libremente la pluma y el pensamiento, produciendo, al propio tiempo, un beneficioso placer de gimnasia cerebral, en momentos de la vida que uno siente la necesidad de dejar salir al exterior ideas y sentimientos que presionan nuestra psique.*

*Pido disculpa por la osadía que haya podido haber por mi parte al meterme en terrenos de juego ajenos al mío propio. Si he procedido con la indisciplina de un franco tirador queda todo justificado por la intrascendencia que doy a todos estos escritos que no los considero trabajos literarios ni los califico en la categoría de ensayos, quedándose en puros ejercicios deportivos intelectuales con la esterilidad que siempre acompaña al deporte. Quede también justificado por la necesidad que he sentido de abrir válvulas de escape y dar salida a pensamientos que se apretujaban en mi cerebro. Esto es todo. Tal vez, también, la satisfacción de contemplar experiencias de épocas pasadas y el placer de los recuerdos adheridos a los años.*

**divagaciones**  
**sobre .....**

**..... sobre la vida**

*Quién, que se halle totalmente  
absorbido por una ocupación,  
se siente infeliz?*

Ortega y Gasset.

Según el relato bíblico, he aquí que el hombre ha ensanchado su primitivo y pequeño dominio sobre la tierra hasta ocupar ésta totalmente. Partiendo de aquel edén, morada, que según el orden que asignaba Dios a todas las cosas, dispuso El para nuestros primeros padres, el hombre ha dilatado el estrecho horizonte de un principio hasta reducirlo de nuevo a un punto haciéndolo cerrar consigo mismo: es el día que descubre y comprueba que la tierra que pisaba era, en efecto, redonda. Su instinto de curiosidad (único animal que lo poseía de todos los que poblaban aquel paraíso) y su desasosiego le llevaron a buscar la aventura fuera de aquel Eldorado colmado de bienes y seguridad. Nada más insoponible que la dicha uniforme. Aquella tranquila felicidad, aquella su vida transcurriendo con el monótono y acompasado ritmo de la Naturaleza que le envolvía le irritó muy pronto. Y se rebeló contra

ella.<sup>1</sup> Quizá el bien de los hombres esté en el retorno a la naturaleza, a la vida apacible del edén, como predicó Rousseau. Mas cuantas veces lo intentáramos, otras tantas la inquietud nos traería de nuevo la desesperación y la lucha. No podemos soportar largo tiempo la entontecedora paz de «un endroit sans souci». Nos aterra; nos aplasta, y como poseídos de algún demonio nos lanzamos al torbellino de una agitada vida. Y es que el hombre está hecho para el vértigo. Nada comparable a esta sensación.<sup>2</sup>

Estamos continuamente dominados por aquel malestar y desazón que en mayor grado nos atormenta en los días de fiebre; en aquellas horas de imaginación calenturienta, en que revolcándonos en el lecho, ora deseamos la muerte ora nos agarramos a la vida con nuestras agotadas y débiles fuerzas.

Ni queremos, ni comprendemos la paz absoluta y eterna. Dante estuvo mucho más inspirado contando las angustias y las penas de los condenados a las torturas del Infierno, que la beatífica felicidad de la quietud del Paraíso, como hizo resaltar Scho-

---

1 El hombre se distinguió de los restantes animales en que no se conformó en dejar las cosas tal cual las encontró. Como pequeño dios o pequeño diablo quiso actuar sobre el mundo arreglándolo a su antojo. Por eso no se limitó a ser uno más de los seres que poblaban aquel mitológico edén y se rebeló contra Dios.

2 Pascal escribió: «Nada es tan imposible para el hombre como estar en pleno reposo, sin pasiones, sin quehaceres, sin distracciones, sin aplicación. Siente entonces su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío. Inmediatamente surgirá del fondo de su alma el aburrimiento, la melancolía, la tristeza, la pena, el despecho, la desesperación.»

penhauer.<sup>3</sup> Porque si bien conocemos el dolor, no sabemos bien lo que es la felicidad.

Sí, somos unas pobres criaturas que vivimos constantemente en la desazón del malestar y desasosiego. Ya venimos engendrados en momentos de inquietudes. ¿Qué es el amor sexual más que un continuo suspirar? ¿Y el orgasmo?: el galopar tras el placer que se nos escapa, y cuando creemos tenerlo bien asido, abrazados a él con todo nuestro cuerpo y toda nuestra alma, se desvanece como un fantasma. ¿Qué queda de aquellos momentos que consideramos de embriaguez, de felicidad y de placer?: unos cuantos suspiros, gemidos y voces entrecortadas, mezcladas con alguna que otra promesa; siempre esperando del futuro. Ciertamente, el hombre es un pobre Tántalo sediento de felicidad, y jamás apagada esta sed que le abrasa.

\* \* \*

El hombre es espectador de dos mundos: el mundo externo, el de los fenómenos y su mundo interno. Del primero es meramente espectador; del segundo es causa y efecto a la vez. Su conciencia tendrá, pues, dos direcciones: la dirección de lo ajeno y la dirección de lo íntimo. Mediante la primera apercibimos la realidad aparente de las cosas. La otra nos da la dimensión de lo profundo.<sup>4</sup>

---

3 Schopenhauer.—El amor, las mujeres y la muerte.

4 «La vida contemplativa, la que tiene por objeto ser en vez de obrar, y no sólo ser sino irse haciendo, devenir, es

La orientación absoluta de nuestra conciencia según esta última dirección (abstracción intensa de lo que nos rodea) nos llena de vacío. Precisamos del mundo exterior para evidenciar nuestra existencia.

Realmente, ¿sentirá el indú sensación de aniquilamiento en sus prácticas religiosas de profunda abstracción y meditación? Nuestros sentidos poniéndonos en relación con el mundo dan fe de nuestra vida. Con los sentidos, al mismo tiempo que palpamos las cosas, palpamos también la realidad de nuestra existencia. Y como al occidental le domina un ansia poderosa de vivir, de aquí proviene su sensualismo, en fin, su paganismo. Europa, por esencia, es pagana; lo fue en la antigüedad y otra vez vuelve a serlo; paganas fueron las religiones escandinava y germánica, y paganos fueron los pueblos mediterráneos. El cristianismo ha sido para Occidente una *droga oriental*, que le ha hecho soñar en un mundo futuro henchido de deleites y placeres. Fue el estupefaciente durante la Edad Media.

La vida es vegetativa y tiene sus raíces en la tierra. Sentimos que vivimos cuando nuestras raíces chupan del mundo y esta función nutritiva la cumplen los sentidos. Cuando nos dejamos acariciar por el sol abrasador, o cuando en un baño nos sumergimos en las aguas del mar gozando las caricias que nos hace el medio del que procedemos y a cuyo

---

la única que puede darnos el espíritu crítico. Los dioses viven así, meditando sobre sus propias perfecciones u observando con la mirada tranquila del espectador la tragicomedia del mundo que crearon.» Oscar Wilde.

seno todos tenemos que volver, entonces es que sentimos intensamente vivir. No así cuando nos dejamos llevar a las etéreas esferas del pensamiento. Por esto, para desarrollar normalmente nuestra vida, necesitamos satisfacer una dosis mínima de sensualismo. Los sentidos no perdonan esta mínima dosis de satisfacción que reclaman y si nos esforzamos en ahogar uno de ellos, se alza otro reclamando los derechos de ambos. Es notorio que en órdenes monásticas haya sido frecuente desencadenarse verdaderas tempestades de gula. Obedece a que la castidad forzada trae en consecuencia una hipersensibilidad del gusto. A la misma causa se debe el placer por las golosinas en los niños, y también el apetito desenfrenado, discordante con las energías gastadas, que suele despertarse en la edad adulta, cuando los años han apagado uno de los recursos de satisfacción sensual. El sensualismo del occidental lo encontramos incluso en su religión. La religión católica habla más a los sentidos que a la mente, y esto con muy buen acierto, si realmente uno de los objetivos que persigue es mantener unidos a sus fieles, pues las sutilezas de las ideas traen siempre la discordia. El catolicismo no se contenta con ver a Dios únicamente con el entendimiento. Quiere además paladearlo, saturar de Dios sus sentidos. Con frase dura, ha dicho Baroja, que la religión católica, es una religión tal, que los fieles se comen a su Dios.

\* \* \*

Siempre que vivimos en actividad centrífuga nos sentimos felices porque el hombre ante todo necesita el contacto con las cosas exteriores. Si el hombre cierra los ojos y vuelve su mirada hacia el abismo insondable de su interior, un escalofrío de vértigo y de horror le invade súbitamente. Aquel abismo cuya oscuridad no deja ver el fondo contiene el mayor misterio de nuestra vida. Ante él se tambalea el hombre temiendo precipitarse en la *nada*. Huye aterrado de esta visión y corre precipitadamente a cogerse a la firmeza de las cosas externas. Y entonces se entrega al trabajo con pasión desenfrenada no más que por distraer su mirada del hórrido espectáculo de su interior. Y nacen también de esto las tendencias sociales que el hombre manifiesta y la atracción que sobre él, en toda época, han ejercido las grandes aglomeraciones humanas que forman las urbes.

La vida en el hombre es la convivencia. Huye de explorar la inmensa y desierta soledad de su alma. No es suficientemente fuerte de espíritu para arros-trar aisladamente su vida y pilotar sólo, cual un Allan Gerbault, el navío de su existencia. La hazaña de este héroe singular no ha sido estimada por el gran público con la justa atención que el caso requería, precisamente, porque la casi totalidad de las gentes jamás han gritado en la soledad. No pueden comprender y apreciar lo que significa el caso de este navegante haciendo frente meses y meses al monótono y arrobador silencio del océano.

En la soledad sentimos el fluir de nuestra vida; y esto es terrible. La felicidad en el hombre subsiste

en tanto vive arrastrado por el torbellino de sus actividades. Y es que la inercia propia de la vida es la del movimiento y no la del reposo. Nuestra vida es un equilibrio inestable que al igual que a una bicicleta lo mantiene el movimiento. Hemos sido lanzados con una velocidad inicial que hace falta conservarla. Cuando frenamos nuestra vertiginosa carrera parando toda actividad, nos sentimos desfallecer, y si por un momento nos detenemos a contemplar los paisajes de nuestra vida, al instante, una espesa niebla sube de nuestro interior e invadiendo toda nuestra alma la humedece de melancolía, y nos llena de «degout» y «amertume».

Somos felices mientras tanto el mundo exterior arrebatada el centro de nuestra vida, viviendo, por consiguiente, fuera de nosotros. Las guerras son más crueles y dolorosas para el espectador de retaguardia que para aquel que vive en medio del fragor de la batalla. El combatiente vive tan fuera de sí que casi me atrevería afirmar que es un ser feliz. El suicidio que casi siempre significa la insoportable tortura de un hombre no se da en las trincheras ni en el campo de batalla. Esto inconscientemente ya lo conocen muchos desventurados quienes para distraer un poco sus penas y calmar su desdicha se acogen a las filas de los tercios de voluntarios. Nietzsche dijo: «Una guerra la soportan pocos; una larga paz nadie.»

En fin, todo cuanto nos distraiga de la autocontemplación y atención de lo interno, como viajes, deportes y en general cualquiera actividad, será fuente de placer y alegría. Así, durante el orgasmo permanecemos absolutamente arrebatados por otro

ser. Y nos place todo juego o diversión que produzca fuerte sensación de vértigo. Procuramos, en todo momento, no permanecer en mera actitud contemplativa. Queremos que nos zarandeen, y esta es la razón de nuestra pasión por el automóvil que viene a ser el columpio de los mayores. Somos como los niños que en cuanto la madre deja de mecerlos en su cunita se ponen a llorar.

Si el hombre se detiene por un momento a pensar en sí mismo, y considera que vive, deja de ser feliz. Cuando nos reconcentramos en actividad centrípeta nos sentimos profundamente infelices. Al querer romper el contacto, la influencia que el Universo ejerce sobre nosotros, sentimos un vacío que nos es imposible llenar. ¿Ocurrirá esto mismo en cualquier mónada? Ya Poincaré, para explicarse el porqué en el electrón la electricidad no tiende a escaparse como sucede con todos los cuerpos electrizados, llegó a suponer que todo el Universo ejercía una determinada acción sobre la carga eléctrica del electrón y recíprocamente. Así nosotros, cuando pretendemos separar la influencia que el mundo nos ejerce, reconcentrándonos, tratando de no mirar más que nuestro interior y nuestra vida, notamos que ésta pierde todo sentido. ¿Serán espíritu y materia inseparables como electricidad y materia?

*Un campesino es un hombre  
que vive en plena naturaleza  
insensible a todos los encantos  
de la misma, en la situa-  
ción de un bibliotecario que no  
supiera leer.*

Pierre Veron

La sensación que experimenta el hombre de la ciudad al encontrarse de repente trasladado al campo, cuando lleva mucho tiempo seguido aprisionado en la agitación y nerviosismo de la urbe, es la del viajero cuando para el tren, de noche, en una estación. Cesa el estrépito que produce el andar de los vagones sobre los raíles, el vaivén continuo de la marcha, el soplar titánico de la locomotora, los silbidos, la sensación, en suma, de una carrera vertiginosa. Sustituye, en cambio, un relativo silencio interrumpido por voces que parecen lejanas y el chirrido suave y tenue que produce el escape de vapor en la máquina. Y el viajero siente fuertemente el tic-tac de las pulsaciones en sus venas, los latidos rítmicos de su corazón, como si este reloj que mide la duración de nuestra vida y para de contar con nuestra muerte, le marcase

el ritmo lento, monótono y acompasado del correr de su existencia, frente a la velocidad desenfrenada del monstruo de acero que le arrastra.

Al trasladarnos al campo sentimos el frenazo que se nos da en la carrera precipitada que llevamos en las modernas ciudades. Al andar agitado, creado por la fiebre del hombre excitado por su afán de poderío y grandeza, sustituye, ahora, el ritmo natural del Cosmos. Todo parece que ha disminuido su marcha: los días nos parecen más largos; más pausado el andar de la gente, los gestos y el hablar más sosegados; el rumor continuo de nuestras modernas ciudades ha sido trocado por un silencio sordo, rasgado suavemente por voces claras de canciones humanas, los gritos de animales y el canto de los pájaros. Con términos musicales diríamos que la sinfonía pastoral es con sordina y que el ritmo de la Naturaleza tiene el compás de 4/4 ó 6/8 y el de la ciudad el 2/4 ó 3/4.

Ese frenazo que notamos en nuestra carrera veloz que llevamos en la ciudad al entrar en el campo, en plena naturaleza, al tomar la siesta recostados en la hierba bajo las copas frondosas de los árboles, nos advierte que llevábamos una velocidad peligrosa en el correr de nuestra vida. El hombre moderno consume su vida, gastándola precipitadamente, activando la combustión de su organismo como activamos la combustión de una brasa soplándole bocanadas de aire; ha desgajado su cuerpo del Cosmos físico y ha descompasado su ritmo del fluir general que tienen todas las cosas en la Naturaleza. Normalmente todo es quietud y sosiego en el Mundo. Lentamente,

las estrellas y el sol siguen sus rutas en el firmamento; lentamente, transcurren las aguas en los cursos de los ríos, no perdiendo esta majestad pausada ni siquiera cuando las mismas se precipitan en una alta catarata; lentamente, crecen las plantas; lentas y solemnes son las olas del mar.

Tan sólo, cuando las fuerzas de la Naturaleza se desatan y se pierde el equilibrio que las mismas sostenían, cuando la ira de Dios se manifiesta o se revuelven las entrañas del Averno, entonces, el aire pierde su reposo y se agita en vendavales; la tierra se estremece en sacudidas sísmicas; las aguas de los ríos se desbordan o se precipitan en torrentes tumultuosos; las olas se encrespan vomitando espuma del seno de la mar; la espada llameante del rayo siega los árboles, y el silencio de los campos es roto por el rugir del trueno, el aullido del viento o el mugir de las olas.

Pero esto que para la Naturaleza es lo accidental (el marino ve pasar los días en la calma del océano; el labrador contempla la serenidad de los campos) en la gran urbe es el vivir continuo de los hombres. Aquí parece que gobiernan solamente impulsos demoníacos; los hombres, como auténticos poseídos del demonio, no conocen la tranquilidad de su cuerpo ni el sosiego de su espíritu.

\* \* \*

Otro contraste entre el hombre del campo y el de la ciudad.

Como se dice vulgarmente, el campesino vive

pegado al terruño. Esto quiere decir tanto como que el labrador y la Naturaleza forman un todo común; que aquél, mejor dicho, es parte integrante de ésta.

Por esto mismo, el campesino está incapacitado para conocer y apreciar la Naturaleza, vive siendo un elemento más en el acontecer de los fenómenos naturales, y no pudiéndose situar como un espectador, difícilmente podrá contemplar y admirar el maravilloso espectáculo que se ofrece en su derredor. Ortega nos lo ha dicho: «Para contemplar son precisas frialdad y distancia entre nosotros y el objeto. El que quiera contemplar un torrente lo primero que debe hacer es no ser arrastrado por él.»

Sin embargo, el hombre de la ciudad que ha nacido y vive en un ambiente artificial creado por él mismo, queda fuertemente sorprendido cuando se asoma más allá de su recinto urbano.

Esta sorpresa le hiere en dos sentidos: la comprensión metódica de lo que se pasa en el mundo físico, produciendo el investigador científico o la admiración, desbordada de entusiasmo, ante la belleza que se abre a sus ojos dando lugar al artista, ya sea pintor, músico o poeta.

Cuéntase, que el gran sabio Newton descubrió la famosa ley de la gravitación un buen día que tumbado debajo de un manzano quedó sorprendido ante un hecho que todos los hombres desde la creación del Mundo, y él mismo, habían visto sin reparar en ello como algo extraordinario: la caída de una manzana desprendida del árbol. Púsose a pensar por qué motivo la manzana tenía que caer cuando quedaba

desprendida del árbol, y no caía la Luna, y estos pensamientos le llevaron a explicar de una manera clara y precisa el movimiento que siguen todos los cuerpos, tanto en la Tierra como en el Firmamento los astros.

Es necesario la sorpresa para que como un aguijón despierte en nosotros la curiosidad y sea entonces contemplado y admirado lo que de otra forma hubiera pasado inadvertido. Y esto que rige en las relaciones del hombre con el Mundo, gobierna, igualmente, las relaciones entre las gentes. Hay el cariño en el seno de la familia como algo inherente a nuestra misma existencia; está la amistad como lazos de mutua simpatía; pero el amor, entre ambos sexos, implica el asombro ante el ser que se nos aparece, por primera vez, como naturaleza extraña a nosotros mismos y admirada por su grandiosidad y belleza.

Los científicos, por una parte, y los poetas, por otra, todos se acercan a la Naturaleza para estudiarla o loarla con ojos de hombres civilizados, de ciudadanos de la urbe. El pastor, el labriego, el pescador, tienen embotada su sensibilidad para estas emociones; ellos, de la Naturaleza, conocen las furias de sus fuerzas desencadenadas. Más que admiración sienten miedo.

La Naturaleza, para estas gentes, es el escenario donde se desenvuelve su vida entera, y tiene los mismos atractivos que para el burócrata las cuatro paredes que encierran el espacio de su despacho.

La vida de estos hombres depende de la fecundidad de la tierra o de la generosidad del mar. Y la tierra

y el mar se muestran fecundos y generosos con alternativas terribles. Hay años de vacas gordas seguidos de otros de vacas flacas. Ellos han de comer de los frutos que ofrezca la Naturaleza; su subsistencia queda íntimamente ligada y dependiente de ella, unas veces generosa, otras implacable a las súplicas implorantes de los hombres. Y en los momentos en que desatadas todas las furias, los elementos naturales (mar, cielo, tierra) se agitan y rugen con convulsiones horrendas, en medio de la tempestad y la catástrofe, un terror cósmico invade a estos hombres, quedando impresionados del mundo por una sensación de pavor más que de admiración.

Contrariamente, el habitante de las grandes poblaciones no siente esta dependencia directa de su subsistencia de la prodigalidad de la Naturaleza. Su comida, su existencia toda, está asegurada si los trenes traen con regularidad las mercancías, si funcionan normalmente los establecimientos que elaboran o venden comestibles, si las autoridades regulan sabiamente el abastecimiento de todo cuanto el hombre precisa. Por lo tanto, debe sentirse más solidariamente unido con los demás hombres, es decir, con la Sociedad, que con la Naturaleza. Para ellos el Estado es el dios protector que los ampara.

\* \* \*

Esto nos descubre otro contraste que se acusa entre quienes viven en el campo o en la ciudad.

El hombre de la ciudad tiene mayores condiciones sociales. Su vida se desenvuelve en constante

intercambio con otros hombres. Posee un sentido social, sabe que forma parte de una gran comunidad y que tiene deberes ante la sociedad y el Estado.

Opuestamente, el campesino hace una vida aislada, y un retraimiento general frente a la demás gente le crea un carácter egoísta, huraño y desconfiado. Desconfía sobre todo de la sociedad y del Estado.

Su vida transcurre entre el hogar y las parcelas de cultivo; sus atenciones domésticas y la labranza. Exagerando un poco, podríamos afirmar que el círculo de las relaciones del campesino está formado por su mujer, sus hijos y sus animales domésticos.

\* \* \*

Por cuanto la existencia del campesino está pendiente de que llueva a punto, que un vendaval no seque las cosechas o una tempestad de pedrisco no arrase los campos, créase en él un estado de humildad y sumisión hacia Dios.

El sabe que el pan de cada día lo come no tanto por el sudor de su frente como por el regalo de Dios que ha querido que los campos fructifiquen abundantemente, tras de haber tenido sujetas, aquel año de excelencias, todas las fuerzas destructoras de la Naturaleza, tan prontas, siempre, a desatarse en terribles inundaciones, fuertes vendavales, sequías mortíferas, plagas...

Esta sumisión a la voluntad divina no se le presenta tan patente al habitante de las grandes ciudades. En la urbe, parece que se esté más lejos de Dios,

por lo mismo que se está lejos de la Naturaleza que es su obra. Aquí, el hombre, queda aprisionado en el falso mundo de elevados edificios, largas calles y anchas plazas que él mismo se ha construido.

\* \* \*

Así pues:

El hombre que vive en contacto con la Naturaleza no admira a ésta, antes bien la teme.

El hombre de la ciudad, que vive apartado de la Naturaleza es, sin embargo, capaz de admirarla y comprenderla, pero no la teme.

El campesino siente más a Dios como poder supremo capaz de frenar las furias de la Naturaleza. El ciudadano se distancia, se aleja de Dios, y siente en sus semejantes el apoyo que necesita para sobrevivir. Es más social que el campesino, tanto como para llegar con Comte y Marx a sustituir Dios por la Humanidad.

El campesino puede enseñar al ciudadano a temer y amar a Dios y el ciudadano puede enseñar al campesino a admirar la Naturaleza y a ser una persona más social.

*Los hombres vulgares han inventado la vida de sociedad porque les es más fácil soportar a los demás que soportarse a sí mismos.*

Schopenhauer

Si en los períodos de alta civilización, como sucedió en la fase imperial de Roma, las ciudades se agigantan y los campos se despoblan, si en aquellas viejas y pasadas civilizaciones conocieron este fenómeno, no menos tiene que acontecer en nuestros días cuando las metrópolis brillan con el esplendor de todos los adelantos que ofrece nuestra civilización que se caracteriza por la avanzada tecnología que jamás háyase conocido. Hoy, el ciudadano de una urbe goza del «panem» que le ofrece casi gratis el Welfare State que le mimas y protege y que también le brinda para llenar su cada día más prolongado «otium» los más variados espectáculos, desde cines y teatros hasta los grandes estadios.

Son muchas las luces que brillan en las ciudades. Atraídos por ellas acuden los aldeanos: ¿a quemarse en sus llamas cual ingenuas mariposas? No suele

sucedier esto. El hombre rudo del campo o del mar se instala en la ciudad, con la fortaleza de sus músculos y con el bagaje de sus habilidades múltiples dispuesto a disputar con los demás los puestos de trabajo, y no pocas veces lo hace con resultado exitoso.

La fuerza centrípeta de las ciudades produce una corriente migratoria que despuebla los campos. Actualmente este fenómeno está tomando caracteres alarmantes por cuanto pelagra dejar desiertas amplísimas zonas de nuestra geografía. Con esta migración intensa, aun cuando no llegue a la despoblación total de las aldeas, produce como primer efecto una *ruralización* profunda de las sociedades campesinas. En el siglo pasado empezaron los señores por emigrar. Con la desamortización muchos de los bienes de la nobleza y de la iglesia al ser enajenados crearon una burguesía más rica, asentada en los pueblos. En los más importantes, a partir de los que tenían la categoría de ser cabeza de partido, una élite intelectual formada por el juez de instrucción, registrador, notario, abogados, médicos, farmacéuticos, burócratas varios y diversos funcionarios daban un tono de superior cultura y educación. Todo ha desaparecido. Primero, como hemos dicho, se marcharon los nobles; después fueron siguiendo los burgueses ricos que terminaban viviendo en las ciudades, y ha acabado que los funcionarios también han encontrado fórmulas evasivas para no tener que vivir en la aldea, acudiendo periódicamente, con intervalos largos, a despachar los asuntos. Así, pues, las aldeas se han quedado sin capas superiores, y todo en ellas es estado llano.

Hasta el extremo que las casas blasonadas están hoy ocupadas por los labriegos, convertidas sus caballerizas en cuadras de vacas. Esto se puede ver hasta en el mismísimo Santillana del Mar, el pueblo que fue edificado para convivencia exclusiva de las clases nobles.

Pueden los modernos inventos, la radio, la televisión, el automóvil y el confort que el electrodoméstico lleva a los hogares detener esta migración? Los hechos parecen demostrarnos todo lo contrario. Las gentes aguantan en los villorrios mientras no alcanzan a ver las luces de la ciudad. Cuando se les ofrece mediante el cine y la televisión el maravilloso mundo de las grandes ciudades y la refinada y lujosa vida de las sociedades urbanas, no hay fuerza que los detenga, máxime si se les ha puesto a mano un automóvil. Y cuando a cualquier Hurdes se le ha abierto una carretera se le ha proporcionado, en realidad, una vía de evasión.

Existe como una ley biológica que podría enunciarse como la atracción del hombre por el hombre. Desde la familia, el clan, el villorrio, hasta las grandes comunidades que forman las modernas metrópolis, el hombre tiende a apiñarse con sus semejantes. Y esta fuerza coercitiva parece que no tiene límite. Y es que el ser humano no puede con el aislamiento. Le aplasta la soledad, el silencio que le pone en evidencia su existencia y su propia conciencia, que le hace sentir el fluir de su vida, el torrente de su sangre. Son los menos los hombres que pueden vivir auscultando su propio ser, el devenir de su existencia. La soledad tan sólo la soportan los hombres fuertes,

aquellos que extraviados de la manada pueden caminar solos.<sup>5</sup>

La ciudad, la *civitas*, crea las grandes formas de vida humana y allí el hombre se siente protegido, dentro de su medio, como el pez en el agua. Por eso nadie desierta de la urbe. Serán las modernas metrópolis complejos humanos inmersos en un medio excesivamente sofisticado por una técnica extraordinariamente complicada; serán antinaturales, irracionales en el modo de desenvolver las vidas deshumanizadas, todo lo que se quiera decir sobre ellas; pero, sus habitantes no emigran más allá de situarse en barrios residenciales periféricos o evadirse los fines de semana y períodos de vacaciones.

Algunas personas, dotadas de la gracia de la soledad y el ensimismamiento, con fuerte personalidad, sobre todo individuos que gozan de autoconcentrarse, para extraer cuanto puedan del pozo profundo de su ser, gozan del aislamiento en su celda o en la soledad del campo. A veces, intencionadamente, buscan sus «Colombey les deux Eglises» para profundizar en sus pensamientos y forjar nuevas teorías.

---

5 El estoico, emperador romano, Marco Aurelio dejó escrito en sus Soliloquios: «Los hombres buscan plácidos retiros, casas de campo a orillas del mar o sobre la montaña, y tú también te has acostumbrado a desear muchas de estas cosas. Pero esto es una idea vulgar, porque está en tu mano, cuando lo desees, retirarte en ti mismo. En ninguna parte un hombre podría retirarse con más calma o libertad de la tristeza que en su alma, sobre todo cuando tiene en sí mismo pensamientos tales, que en su mera contemplación le da inmediatamente la tranquilidad perfecta.»

Cuando estos hombres, como De Gaulle, irrumpen en la vida política, es decir, irrumpen en la ciudad, tras un largo período de aislamiento y meditación, aportan un torrente de ideas nuevas, de grandes ideas, pero que no pocas veces en el terreno político un exceso de creación personal puede chocar con la realidad de la vida ciudadana. En el terreno político estos hombres que proceden del desierto pueden ser nefastos; no así en el campo de la filosofía y otras ramas del saber.

*No hay cosa más cerca ni más  
lejos, más encubierta ni más  
descubierta que Dios.*

Fray Luis de León

El hombre moderno, con su pensamiento positivista, extravertido en su atención en y por la naturaleza, ha dejado de ver a Dios en su intimidad espiritual. Y ha adquirido una soledad de la que no se escapa ni el hombre de la ciudad. Su alma está terriblemente sola. Hemos apartado a Dios hasta de nuestros labios. No lo pronunciamos ni como factor de todas las cosas ni como conservador de las mismas. Su lugar lo ha ocupado la inmensa muda y fría Naturaleza, de cuyo seno todo nace y a donde todo muere. Todo deviene según unas leyes que rigen el acontecer de los fenómenos. Leyes que nadie las ha impuesto, están ahí, como la materia, la vida, el espíritu.

El hombre a fuer de mencionar a la Naturaleza y enmudecer a Dios se ha quedado solo, huérfano, cósmicamente solo.

\* \* \*

Antes de Copérnico el hombre se consideraba el ombligo del mundo. Y el cambio que operó Copérnico en la concepción del Universo hizo bajar el orgullo del hombre, su sentido de superioridad a todo cuanto le rodea. Pues tuvo que ceder al Sol el honor de presidir el sistema planetario. Cada vez que el hombre avanza un paso en el conocimiento del rango que ocupa en la Creación, siéntese más insignificante y mezquino. Al descubrir la inmensidad del macrocosmo tiene idea más clara de su mezquindad. En un principio creyó ser el centro del Universo el cual, como acatándole respeto, giraba en torno suyo. Hoy sabe, que no es más que habitante de un diminuto planeta que forma parte de un sistema de planetas; que éstos, a su vez, no son más que astros perdidos en la infinidad de otro sistema infinitamente más grande (el galáctico) y este conjunto sideral no es más que una de tantas nebulosas que, como islas de mundos, se observan en el firmamento.

Análogamente como los niños creen que todo está hecho para su regalo y diversión, así la humanidad en sus orígenes pensó que también el mundo estaba hecho para su regalo y servicio. Léese en el Génesis: «Sean hechas lumbreras en el Firmamento del Cielo, y separen el día de la noche, y sirvan de señal para los tiempos y días y años; para que luzcan en el Firmamento del Cielo y alumbren la tierra. Y fue hecho así. E hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor, para que presidiese al día, y la lumbrera menor, para que presidiese a la noche: y las estrellas. Y púsolas en el Firmamento del Cielo,

para que luciesen sobre la tierra.» «Y dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza: y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra y sobre todo reptil que se mueve en la tierra.» Así, pues, el hombre consideraba que las estrellas, el sol, la luna estaban exclusivamente para alumbrarle; que él fue hecho a imagen y semejanza de Dios y que, sobre todo cuanto en la tierra existía, tenía dominio absoluto y servíale para su regalo y sustento.

Constantemente en el Antiguo Testamento descúbrese la presunción del hombre en suponer que Dios mantiene relación directa en todos sus actos: le dicta leyes para su gobierno; le manda maná para su sustento; le encoleriza con frecuencia por su maldad y le castiga con el fuego o el diluvio. Parecían, entonces, los hombres, niños que están bajo la tutela y protección del padre; horrorizábales la suposición de que éste llegare a abandonarlos. La humanidad sentía entonces ese terror semejante al que algunas veces invade a los niños. Hoy, al afianzarnos más en el conocimiento de lo que realmente somos y de lo que es cuanto nos rodea, dejamos de creer que todo lo existente y todos los fenómenos cósmicos están en relación subordinada con nosotros y notamos estar lanzados a la misma fatalidad que rige a la Naturaleza toda. Así por ejemplo: los eclipses de sol han perdido su significación y relación con los acontecimientos políticos y guerreros; y el símbolo de alianza que el arco-iris representara pasa a ser un fenómeno de refracción de la luz. Todo le hace ver y comprender al hombre que el mundo no

presta atención a su existencia; somos nosotros que tomamos a él en consideración.

Y al no tomar tampoco a Dios en consideración deja El de prestarnos atención. Nuestra soledad se ha hecho infinita y profunda.

..... sobre la  
personalidad

## FOCUS SPECULUM

Sucede, a veces, que ante determinadas personas nos sentimos con fortaleza, seguros de nosotros mismos, que procede de nuestra patente superioridad. Alcanzamos, en una palabra, esa impresión de auténtica autoridad que nace del mayor valor personal. Nos creemos con poder material y moral para mandar sobre ellos. Por el contrario, del trato con otros hombres salimos desconcertados. Creíamos poseer firmeza en la conducta de nuestros actos, y, algo se ha pasado al contacto con aquella persona, que nos ha dejado abatidos y descorazonados; menguada la confianza en nuestro valer, domínanos una impresión de mezquindad y debilidad. Ante un hombre de temple espiritual más fuerte que el nuestro, sentimos que algo emanando de su persona se prende en la nuestra y nos arrebatada. Su fuerza arrolladora, como fuerte vendaval, sacude hasta las raíces más hondas de nuestra personalidad.

Así, pues, ocurre, que en todo círculo de la sociedad el carácter del mismo es impuesto por algunas personas (muy pocas) que gozan del poder de difundir en los demás sus rasgos peculiares. Ademanes, gestos, palabras, ideas son debidos al influjo de

aquellos hombres de más recia personalidad. ¡Cuántas veces nos creemos pensar y actuar por cuenta propia, y, sin embargo, nuestra manera de hablar y desenvolvernos y no digamos de las ideas, son reflejo de las influencias que otras personas han sedimentado en nuestra alma!

Somos muy poco de nosotros mismos y muy mucho de los otros. La materia sí que es nuestra, pero en la forma, en el espíritu, ¡cuánto no hay de prestado! La legión de los que han fabricado su personalidad extrayéndola de las profundidades de su ser es muy poco numerosa. Estos, poseen el extraño y raro don de dirigir la humanidad en todas las esferas; política, arte, religión, literatura... Ellos son puntos radiantes, verdaderos focos de espiritualidad. Los demás, como *espejos* reflejan la personalidad radiada por aquéllos. Es como una forma de *mimetismo*.

Es indudable que en el hombre siempre existe una parte de personalidad *convexa* (hacia fuera) que irradia y otra de personalidad *cóncava* (hacia dentro) que recibe; pero de estas dos, por lo general, domina la segunda a la primera, en el tipo medio humano. A excepción de esas personalidades rebosantes de originalidad, en los hombres se encuentra más producto de sedimentación externa que de material eruptivo procedente del interior.

\* \* \*

La humanidad avanza agotando héroes, absorbiéndolos. La vitalidad extraordinaria de estos hom-

bres egregios se desborda cual un Nilo, e inunda todos los estratos sociales, sedimentando luego fértil y benéfico limo.

De aquí que el héroe tenga otra clase de paternidad distinta de aquella que representa el ser padre. El héroe no viene al mundo para conservar la especie sino para renovarla. Esto explica el desdén con que la mujer en toda época ha mirado al genio. Ortega y Gasset ha dicho:<sup>1</sup> que la mujer, prefiriendo al héroe el tipo medio de hombre, aparece como un freno para el progreso. Pero tal vez resulta esto que decimos: que la misión del hombre genial no sea transmitir su genialidad a una escasa descendencia, sino más bien, difundirla por la humanidad toda. Estos hombres no poseen una energía potencial, en germen, capaz de transformarse en trabajo en la próxima generación; todo en ellos es energía actual. La agotan, además, toda y poco podrán dejar para sus hijos. Ellos legan a la humanidad el magnífico tesoro de sus creaciones.

Las mujeres subconscientes de este fenómeno, no buscan a los astros de primera magnitud. Los hijos de estas lumbreras, si los han tenido, pues no pocos de ellos han permanecido célibes toda su vida, jamás han brillado en el firmamento de la genialidad. Los Newton, los Goethe, los Miguel Angel, los Gautama Buda no los vemos repetidos en la historia. A un buen carpintero no es raro le suceda un hijo que lo sea mejor.

---

1 Ortega y Gasset.—La elección en amor.

## **TEORIA DE LA DIFERENCIACION**

### **LA DIFERENCIACION EN LOS INDIVIDUOS<sup>2</sup>**

#### **La personalidad como diferenciación individual**

Nunca somos más afines que durante la infancia. Como los niños, apenas aperciben con claridad los impulsos personales que forman el cuadro de sus sentimientos, voliciones, ideas... resulta, que entre ellos no median grandes distancias. Porque los hombres nos hallamos infinitamente separados cuando son diametralmente opuestos los sentidos que damos a nuestras vidas.

En el niño, encuéntrase en potencia, en estado embrionario, aquello que más adelante, al llegar a la madurez, formará su carácter y su personalidad. Mas en la niñez todos estos elementos hállanse revueltos, en forma un tanto caótica; con el tiempo se agruparán en disposición ordenada y estable, al estilo, como lo hacen las moléculas en los cristales mineralógicos.

---

<sup>2</sup> Publicado en el BSCC., tomo XIV, cuaderno V, año 1933.

Por esto mismo que en el niño nada hay definido de una manera contundente, lo que da ausencia de carácter o por lo menos poca rigidez del mismo, hace posible y llevadera una vida de crudeza primitiva en el comportamiento y de fácil convivencia, sin que la incompatibilidad de temperamento llegue a estorbar el trato con determinados compañeros. Es edad de franca camaradería. La frase «este hombre me carga» que tan a menudo es usada por las personas mayores es extraña en el lenguaje infantil. De niños — y si bien en menor grado también de adolescentes — cuando otro niño nos importuna nos peleamos con él. De este modo satisfacemos nuestra ira momentánea y luego quedamos de nuevo amigos. Es lógico que así sea. No se justifica en aquella edad un odio a muerte ya que el odio se crea de la incompatibilidad en la amistad que establece dos caracteres contrapuestos. Y en la infancia no tenemos aún bien definido el carácter. A veces nos tiramos de la greña y no sabemos a ciencia cierta porqué lo hacemos. Ganas, tan sólo, de compenetrarnos más, de meternos el uno dentro del otro.

Se vive esta edad sin respeto ajeno y es que en realidad no hace falta. Es más tarde que los hombres tienen que establecer códigos que regulen su conducta. Cuanto más refinada se encuentra una sociedad, lo que significa mayor civilización, tanto más necesarias son las reglas de urbanidad, el código de la «politesse». Y esto, porque cuanto más avanzada esté una cultura en su desarrollo, mayores son las diferencias personales que separan a los individuos, y, por lo tanto, requiérese también un más grande

respeto para que la vida de relación resulte posible. Una palabra, un mal gesto, puede ser motivo de grandes discordias. Aquí no entra en juego solamente la fina sensibilidad de las personas cultas; tiene más importancia, si cabe, las diferencias de sensibilidad.

\* \* \*

En nuestros primeros años, cuando estamos labrando nuestro futuro, necesitamos, estableciendo fuerte intercambio con el mundo y nuestros semejantes, empapar nuestro espíritu de substancia extraña a la nuestra. Nuestras almas verificarán una *ósmosis* entre ellas. Más adelante, cuando aparezca el individuo como concentración nuclear dentro de aquella masa protoplasmática que forma la infancia, cuando se repliegue reconcentrándose hacia dentro, iniciará el proceso de su formación personal. Pero mientras no sea llegado este momento habrá que actuar rudamente, sin respeto ni compasión. Aquel que más pueda, de él será el dominio espiritual. En la *ósmosis* de que hemos hablado, quien posea mayor presión osmótica logrará que su alma se prenda en las ajenas.

La *personalidad* es la resultante de todas las influencias recibidas; a éstas, la fuerza de un poder creador que viene de dentro, les ha dado forma.

La *personalidad* significa el resultado final de un proceso lento de diferenciación. En principio todo es materia amorfa y de ésta tienen que salir las formas cristalinas. Sabido es que para que se realice el fenó-

meno de la *cristalización* requiérese se reúnan múltiples y especiales circunstancias. En la naturaleza no siempre se consigue aparezca aquello que supone un estado de organización. Igualmente, una personalidad bien matizada y perfectamente individualizada implica para su consecución se cumplan no pocas condiciones.

En primer lugar, es indispensable tiempo y reposo. Nada más peligroso que la precocidad. Esos niños prodigios, que a los seis años ejecutan maravillas en el piano, con frecuencia, cuando llegan a la edad de las grandes producciones no dan nada de calidad. Existe un tipo en la sociedad muy interesante que se le podría llamar el *tipo botones*, pues el prototipo lo constituyen esos muchachos de los cafés y clubs, esos hombrecillos que a los doce años suelen tener una viveza de ingenio y una perspicacia impropias de la edad y saben y conocen de la vida viciosa y placentera tanto como las personas mayores. Este muchacho — y todavía con mayor agudeza el pícaro y el pillete — que a menudo os encanta por su hombría prematura no es más que un *aborto de hombre*. Es conveniente, para que el hombre llegue a la edad adulta bien formado, retrasar la adolescencia todo cuanto se pueda. Sólo así aparecerá su personalidad más perfecta, con más vigor y adornada con mayor riqueza y abundancia de atributos.

Hemos dicho que los niños son como protoplasma de cuya masa uniforme separándose núcleos fórmase el hombre como personalidad. Cuanto más egregia sea la figura humana mayormente se destacará de aquel fondo gris que forma la materia prima.

Mas es el caso que no todos logran sobresalir y diferenciarse. Lo que llamamos *pueblo* no forma más que ingente masa. Los *Sanchos* no obran como individuos sino como colectividad. Piensan lo que piensa y como piensa toda la gente y no como correspondería si obedecieran a una mentalidad individual y diferenciada. Sancho hablaba por refranes. Los pueblos son la nebulosa; de ella se desprenden masas compactas que forman los astros brillantes que representan las figuras singulares y sobresalientes de los genios. Hombres, éstos, que por hallarse separados de la masa padecen la tragedia de su soledad y aislamiento. Don Quijote no pudo encontrar un alma gemela.

### **El amor diferenciado**

Marañón ha señalado que la sexualidad evoluciona hacia una mayor diferenciación, tanto en lo fisiológico y anatómico como en lo psíquico. Esto en el fondo no es más que una de tantas manifestaciones que prueban que en el hombre todo camina hacia una mayor diferenciación. Pues hasta en el aspecto externo, sucede que nos cuesta mucho más trabajo reconocer a un niño (y las dificultades suben de pronto si se trata de un pequeñín de pocos meses) que a un hombre. Se tiene que, en el hombre, todo está ya estabilizado, completamente definido y esto le hace inconfundible. Al penetrar con una mirada a través de sus ojos en su interior, descubrimos, al punto, un orden y una claridad en las cosas del

espíritu que contrasta con la confusión y oscuridad que nos presenta el joven en idéntica experiencia.

\* \* \*

Aparejada con esta evolución personal del hombre camina la evolución de la mujer ideal tipo, a la cual deberán ajustarse las mujeres reales que sean susceptibles de despertar el amor en un hombre; y viceversa.<sup>3</sup> Así pues, para que una persona pueda suscitar nos pasión amorosa, habrá de tener un complejo espiritual y físico tal que le sea posible reemplazar el segundo miembro de nuestra ecuación amorosa. Por esto ha de existir la afinidad que señalaba Goethe en «Afinidades Electivas», y por esto también el amor no puede ser ciego sino clarividente como ha hecho resaltar Max Scheller.

Ahora bien: ¿cuándo el amor podrá ser más intenso, en los albores de la adolescencia o en el atardecer de la juventud? Sin duda, en estos últimos años juveniles y también más tarde, cuando ya completamente formado el hombre, es en él todo claridad, habiéndose disipado las brumas que oscurecían la turbulenta y agitada vida de la juventud. Si el amor es evidencia clara, tanto mejor sabrá el hombre a qué atenerse cuanto más definida, más evolucionada y diferenciada se halle su personalidad. Entonces, también se presentará mejor defi-

---

3 Sobre una teoría del amor son interesantes los folletos que publicó en *El Sol* Ortega y Gasset, titulados La elección en amor.

nido, evolucionado y diferenciado el otro ser, el sexo contrario, que nos acompaña toda nuestra vida y que a veces logramos encarnarlo en una persona real. Al desvanecerse la niebla que nublaban el espíritu y el corazón de nuestra primera juventud, aparece nítida, de contorno bien delineado, la imagen de nuestra posible amada.

Este otro *ser*, sin cuerpo, del que acabamos de hablar y hemos dicho que nos acompaña en toda nuestra existencia, necesita un cuerpo donde prenderse y un alma con quien fusionarse. Por esto el amor se exterioriza por unas ganas de abrazar, de juntar consigo cuerpo y espíritu del ser amado. Y como esto no se logra satisfactoriamente, de aquí nace el sentimiento trágico y doloroso que al amor acompaña. Dolor que tan sólo podrá calmarlo la presencia de los hijos nacidos que para los padres significan haber logrado esta fusión. Pero no basta; esto no es todo; ellos buscan su fusión efectiva, hacer de los dos uno, como ya de hecho se ha realizado en sus voluntades, y, al no poder conseguirlo suspiran eternamente por esta dicha no alcanzada. Por esto nada debe ser comparable, en profundo y desesperado dolor, a la pérdida del cónyuge cuando se le ama de verdad. La pérdida de las personas más queridas, los padres, un hermano, tiene de doloroso el ver desaparecer para siempre algo que uno quería y apreciaba con toda su alma. Mas la pérdida de la esposa o del esposo (cuando la pareja se han amado en perfecta comunión de sus almas) ha de ser, algo así, como el desgarramiento de medio cuerpo que se nos llevan. Quedará dentro de noso-

tros el espíritu de la mujer amada (o viceversa) que flotará sin tener el cuerpo de ella donde cogerse, asirse en estrecho abrazo. Efectivamente: la distinción que se puede hacer entre la congoja que nos embarga en uno y otro caso es que, en el primero, ante la desaparición de una persona estimada, cuya presencia nos era grata, quédanos la nostalgia de no poder verla y gozar de ella, pero, con la muerte del ser amado deberá sentirse el vacío que deja la persona a la cual nos abrazábamos en nuestras horas de desfallecimiento. De ahí, la tremenda tragedia que se pasa en aquellas parejas bien unidas por un amor intenso, que la muerte de una de sus partes trae consigo irremediamente la muerte de la otra, o por lo menos, una como muerte en vida; al superviviente ha de parecerle como si el mundo se hubiera hundido a sus pies y él, solitario, caminase como un fantasma por encima de los escombros. Estos desenlaces suelen ser poco corrientes, pues, responden al tipo, no muy común, de que hombre y mujer sean, en efecto, primero y segundo miembro de una ecuación amorosa. Por lo general, esta ecuación queda solamente satisfecha con mayor o menor aproximación, pero no con rigurosa exactitud.

Hemos dicho, que el hombre así como avanza en su existencia va definiéndose en todos los aspectos de la vida; igualmente, pues, definirá su ideal amoroso. De donde, el amor, se volverá — con la edad — más consciente, con mayor conocimiento de causa. En la juventud, la facilidad de que una mujer nos despierte pasión amorosa es mayor, por cuanto nuestros sentimientos están poco diferenciados, lo

que hace no sea muy difícil encontrar la mujer que responda a nuestras exigencias en amor. En aquella edad el amor es más extensivo pero menos intensivo. Obra entonces, principalmente, el instinto sexual, el imperativo de la especie; nos enamoramos, con frecuencia, de mujeres que no suelen tener otro atractivo más que su belleza. En el despertar de la sexualidad apenas interviene el espíritu. Este, como superior manifestación del hombre, no llega a tomar realce en la vida hasta que aparece bien formado. Es ya en la madurez, por lo tanto, que el hombre antepone a las demás cualidades de la mujer el atributo de la simpatía. Por encima de todo la simpatía, que significa la posibilidad de poder marchar acordes nuestras almas. Ortega y Gasset, decía, que de las mujeres que no tienen otra buena cualidad que sus bellezas reconocidas, únicamente se enamoran los imbéciles. Efectivamente, si el hombre tiene una rica formación interior, querrá que la que tenga que ser su compañera posea, en primer lugar, un atractivo de una espiritualidad concordante con la suya.

En los arrebatos amorosos juveniles hay, sin duda, mucha inconsciencia. Obra más, entonces, el instinto sexual que es ceguedad, en contra del verdadero amor que es todo clarividencia. En las exclamaciones de Calixto hay mucho de vago e incierto; no discierne lo que pasa en su alma, lo que inquieta su corazón. Calixto habla de un fuego que le abrasa, «muchísimo mayor que el que ardía en el incendio de Roma»; pero pocas cosas más nos cuenta al querer explicarnos su estado de ánimo. La tragedia de Calixto y Melibea, así como igualmente la de

Romeo y Julieta, se desenvuelve dentro de la mayor fatalidad; era el Destino que les había marcado este fin trágico, sin que ellos fuesen realmente los causantes del funesto desenlace. Todos eran adolescentes que por primera vez vislumbraban el despertar de una pasión cuyo sentido permanecía todavía en el mayor de los misterios. En cambio en Werther — o si se quiere el caso histórico de nuestro Larra — todo es claridad. Es él mismo que adquiere la certidumbre de la realidad trágica de su caso. Werther nos dice que su «corazón le pertenece a él sólo» que «el Universo había desaparecido ante sus ojos» y otras frases propias de un hombre maduro, de un hombre, que además de corazón, tiene un espíritu cultivado. Para Werther, Carlota era la única mujer que podía satisfacer su ecuación amorosa; sin ella el Universo, su vida, todo se desmoronaba; él tenía plena conciencia de este hecho y como veía además que no podía poseerla, por esto adquieren sus torturas el tono del más punzante patetismo y adviene, irremediablemente, el fin trágico de su vida.

Son poco frecuentes, más bien raras, las pasiones amorosas en el hombre adulto; como que éste — persona ya desarrollada y diferenciada — difícilmente encuentra la mujer digna de confiarle el tesoro de su corazón. No es que se seca el corazón con los años. Lo que hace el hombre es encerrarlo en un sagrario, que sólo lo abre ante persona que sea digna. Contrariamente, los jóvenes tienen poco presente aquel consejo de Larra: «tú echas mano de tu corazón, y vas y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime,

y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo.»<sup>4</sup>

Cuando un hombre ya entrado en edad se enciende en amor, ¡cuánta grandeza encierra, entonces, en su pasión! En las admirables novelas *Tigre Juan* y *Curandero de su honra*, Pérez de Ayala desarrolla este caso con singular maestría. Aparecen — en este estudio crítico con apariencias de novela — dos personajes que quieren a la misma mujer: uno de ellos es un joven viajante de comercio que busca tan sólo la satisfacción pasajera; en cambio, el otro, Tigre Juan, hombre ya maduro, incluso padre y con un hijo, la ama con delirio. Pérez de Ayala nos describe el primer personaje, que es la representación genuina del galanteador de oficio, como un hombre amorfo, insípido, sin más galas que algunas confusas apariencias de belleza física y con ausencia absoluta de carácter; opuestamente Tigre Juan es un hombre inconfundible por su carácter vehemente y fácil de entrar en ira y desesperación. Pues bien: es este último, hombre ya de años, quien desborda de verdadero y puro amor y no el viajante a pesar de su mocedad. ¡Y qué sublime pasión! ¡En el amor de Tigre Juan, cuánto desinterés y alteza de miras se descubre! Nunca se hallará este amor en el manco ni tampoco en el hombre que no haya evolu-

---

4 Larra.—La nochebuena. Delirio filosófico.

cionado a una total diferenciación, al extremo de definirse como soberana individualidad.

### **D. Juan, hombre indiferenciado**

D. Juan es el hombre de turbia personalidad. Marañón ha dicho que es de sexo indiferenciado. Todo está en D. Juan indiferenciado; pues, el que no se atiene a querer a «una» mujer determinada y anda errante de mujer en mujer es porque la vida ha perdido para él todo sentido, y su interior es turbio, sin que nada esté concreto y definido. A D. Juan le estimula un gran afán de algo que él mismo no sabe qué es, y desconoce, al propio tiempo, si ello será el amor.

La inquietud que le azuza, y que le produce la inestabilidad de toda su vida, le lanza a la aventura, no solamente amorosa, sino a la aventura en general. D. Juan es el aventurero por excelencia; espadachín en todas épocas (en la nuestra anda a tiros por lances de amor). Es un alma en pena, que no encuentra descanso, porque nada en el mundo le satisface y nada tampoco quiere. Y no quiere, no porque no sienta la necesidad de querer, sino porque no sabe qué querer. Quien no sienta necesidad de amor vive al margen de las mujeres; y hombres ha habido de corazón tan seco que han pasado por el mundo sin tomar afecto a persona alguna. Pero D. Juan quiere querer, mas no puede; el amor implica eternidad y el suyo es fugaz como un relámpago. Se cansa de la mujer que en un instante su ilusión le hizo subir

su amor hasta el infinito; se cansa de su casa; de la patria, de todo, por la sencilla razón que nada en él está definido, y no tiene predilecciones. Y querer una cosa es suponer que aquélla — para uno al menos — es superior a todas sus similares. D. Juan no es simplemente un cínico; únicamente podría llamársele cínico en la acepción de Oscar Wilde como «el hombre que conoce el precio de todo y el valor de nada».<sup>5</sup> Pues el valor de una cosa se conoce si se la quiere; y D. Juan nada quiere. D. Juan, sobre todo, es un hombre trágico y profundamente desgraciado; tal vez el más infeliz de la sociedad. Si — según Unamuno — el sentimiento trágico de la vida nace de nuestra ansia de inmortalidad y afán de que Dios exista, al no encontrar razones que satisfactoria y plenamente justifiquen nuestro anhelo, la tragedia de D. Juan se origina al querer amarlo todo, y esto no por mucho amor, sino porque todo le es igualmente querido ya que no tiene preferencias a causa de la *indiferenciación* total — en todos los órdenes — que padece, y, sin esa escala de valores que clasifica lo que puede ser querido, indiferente o aborrecible, resulta, que nada a él puede satisfacerle. Ni odia profundamente, ni llega a querer, siquiera, superficialmente. Y va peregrino de amor en amor y errante por el mundo. D. Juan no tiene patria. Byron lo zarandea por toda Europa, y lo viste lo mismo de pirata que de príncipe, llevándolo desde la cueva de aquella isla a la que llegó después de un naufragio hasta la voluptuosa corte

---

5 Oscar Wilde.—El abanico de lady Windermere.

de Catalina de Rusia. Y así vive él: sin patria, sin hogar, sin el entrañable amor de «una» mujer. Cualquiera oficio es el suyo, y cualquiera sea el traje con que se vista o se disfrace será consecuente, pues su vida no es más que un carnaval. La brújula que marcará su rumbo gira loca señalando dirección indiferente. D. Juan podrá ser un impotente (como ha pretendido demostrar Marañón), un desalmado, un cínico, falto de buenos sentimientos y de corazón, todo cuanto se quiera; pero, ni una sola vez ha dejado de ser el más desgraciado y desventurado de los mortales. Un hombre que no ha conocido la paz en su espíritu. El huracán que constantemente agita el interior de este personaje levanta una tolvana de pasiones: así vive todo en él revuelto y caótico.

Existe en Cataluña una leyenda — que fue puesta en verso por Maragall primero y últimamente por el poeta contemporáneo José María de Sagarra — que se la conoce por «El Comte Arnau» (El Conde Arnau) y viene a ser una de tantas historias de este personaje turista del amor como Marañón le llama. A mi entender es la interpretación más realista del D. Juan, especialmente de su tormentosa vida interior. Hay de notable en esta leyenda el castigo, que por los afrentosos pecados cometidos en vida, recibe el conde Arnau después de su muerte. Su alma encarnada en su mismo cuerpo putrefacto, es condenada a cabalgar eternamente montada en caballo horrendo que lanza llamaradas de fuego de azufre por sus ojos, narices y boca. Las carnes transparentes dejan ver el esqueleto fosforescente cuyos huesos al andar crujen como si se desarticulasen o quebraran, infrin-

giéndole agudos dolores que le arrancan ayes lastimeros. Este desgraciado pecador jamás tendrá un momento de descanso; nunca podrá apearse de su caballo inquieto que le llevará no se sabe dónde, galopando sin cesar por aquellas montañas y altas sierras de los Pirineos y huyendo de todo, pues todo le lanzará su maldición. Cuando en las altas horas de la noche penetre en la ciudad a buscar en sus antiguos familiares el consuelo para su alma apenada, por todos será escarnecida su espantosa figura, y, tanto de su mujer y sus hijos, como de aquellas que fueron sus barraganas será rechazado y despreciado, ya que, en vida tampoco era por nadie querido; pues, el amor es recíproco, y poco será amado quien amor no tenga. Y el conde Arnau que era un D. Juan rudo, feroz y sanguinario, era también un hombre sin afectos, falto de corazón, que sufría en vida las mismas torturas que, después de muerto, padecía su alma. El valor — para mí — de esta leyenda estriba en que, aquél, alma peregrina, siempre errante, sin paz ni sosiego, por todos rechazada por su monstruosidad, retrata exactamente la vida real del Don Juan. Ciertamente, él es un nómada que ni siquiera tiene los deberes que impone la vida de relación dentro la tribu, como tampoco conoce el afecto de esta pequeña sociedad.

## LA DIFERENCIACION EN LOS PUEBLOS<sup>6</sup>

### Uniformidad en lo externo

El hombre ha terminado dueño soberano del planeta. Poco queda que no haya sido explorado. Sus mares sondeados; su superficie cuidadosamente medida; las cumbres de sus montañas más altas escaladas. No quedándole lugares por conocer, empieza a resultarle estrecho este mundo que habita.

Agotadas las posibilidades de nuevos descubrimientos geográficos ha desaparecido el interés que despierta la tierra desconocida; las leyendas que sobre ella se forjan. Pasada la época de la expansión, cuando se forman los grandes imperios, es llegada la hora de que los pueblos reconcentren en ellos sus energías y trabajen hacia dentro laborando su propio desarrollo y preparando su madurez. Los imperios de colonización que trajo en consecuencia los grandes descubrimientos geográficos y las exploraciones de continentes enteros ya no serán posibles en lo sucesivo.

La rapidez de los modernos medios de comunicación ha traído un acercamiento de todos los pueblos, por distanciados que éstos se hallen. Acercamiento que la radiotelefonía y el cinematógrafo, especialmente, han acentuado más todavía. Hoy nos es dado saber diariamente lo que sucede en la isla más lejana de la Polinesia o las peripecias que en la desventura

---

<sup>6</sup> Publicado en el BSCC., tomo XV, cuaderno II, año 1934.

sufren los infortunados que intentaron alguna hazaña peligrosa. Desde nuestras casas entendemos los signos que por radio nos lanzan en demanda de socorro y nos hacemos solidarios de sus angustias. Todo el mundo estuvo pendiente durante varias semanas del desenlace final que tendría la desgraciada expedición polar de Nóbile.

Esta intensa vida de relación internacional hace vecinos hasta los pueblos más apartados del globo. Si consideramos que nuestra vida se desenvuelve dentro del ámbito en el que las cosas y personas nos son conocidas y tenemos con ellas relación más o menos directa, podemos decir que hoy *vivimos en el planeta*. Nuestra vecindad se ha ensanchado a todo el orbe.

El cine y la radio llegando a las más apartadas aldeas ponen a sus habitantes en relación con las grandes ciudades y con los más lejanos y extraños países. Así pues, la urbe influirá constantemente sobre ellos y moldeará sus hábitos y costumbres. Mediante el cine, el espectáculo más atrayente de nuestra época, puede el aldeano contemplar paisajes jamás vistos ni imaginados, conocer la agitada vida de un New-York o la elegancia de los salones de París; le mantendrá, en suma, en estrecha relación con el mundo entero. Es indudable que esta influencia recibida diariamente acabará ejerciendo poderoso influjo en sus hábitos y costumbres.

Es, por consiguiente, inevitable la universalización de las *costumbres*. Consecuencia de este intercambio internacional, que las características de la presente civilización nos obligan mantener, será una

próxima desaparición de lo *típico*. Ya en el vestir son aceptadas universalmente las imposiciones de la moda. Y aquellos países, aquellas regiones que conservan todavía sus antiguos trajes no indican otra cosa más que atraso; impermeabilidad para calar lo nuevo que viene con paso firme y seguro a reemplazar lo viejo. Es fatal esta universalización en el vestido, en los bailes, en los deportes... Lo típico va siendo cada vez más anacrónico; va quedando relegado a los desfiles de pompas nacionales. Es llegado el momento de que una nueva manera de vivir se adopte por toda la humanidad.

### **Diferenciación en lo interno**

Si bien la humanidad camina hacia un futuro, no muy lejano, en que quedarán totalmente borradas todas las diferencias en los usos y costumbres de los pueblos, no podemos asegurar lo mismo en lo que a sus *personalidades* concierne manifestadas éstas no en los detalles exteriores, en el atavío, sino en lo *interno* y que señala la espiritualidad de una raza. Antes, por el contrario, esta *personalidad* de los pueblos evoluciona hacia una mayor diferenciación — como pasa en los hombres — por cuanto lo intrínseco, aquello que mora en los estratos más profundos del ser, sólo se logra sacarlo a la superficie con la continuada erosión del tiempo. Así, pues, el contacto y las relaciones entre los pueblos hace que vayan desprendiendo estas primeras capas superfi-

ciales y dejen ver con toda claridad y limpieza la pureza de sus fondos inmutables.

En las primitivas civilizaciones asombra descubrir la gran semejanza que entre ellas existe y hasta coincidencia en no pocos de sus ritos religiosos y en sus balbucientes manifestaciones artísticas. *Los pueblos se quedan más separados los unos de los otros a medida que avanzan en su historia.* El abismo que actualmente separa el pensamiento occidental del oriental no sería tan marcado, probablemente, antes de que Oriente y Occidente encontrasen con el budismo y el cristianismo, respectivamente, la manifestación religiosa adecuada a su más honda manera de ser. Buda y Jesús son los correspondientes descubridores de estas vibrantes tensiones del espíritu oriental y occidental.

Hemos dicho, que el hombre, así como va avanzando en la carrera de su vida, encuéntrase cada vez más seguro de sí mismo; con mejor y más claro conocimiento de cuáles son sus ideales, sentimientos, voliciones y sentido que da a la vida. En especial esto le ocurre al salir de cada una de las crisis que sufre en los períodos álgidos de transición: transición a la adolescencia; de ésta a la edad adulta. Todos convienen en señalar, que el hombre, en las proximidades de los 30 años, hace una expurgación en sus ideas políticas, creencias, etc., con lo cual deja bien afirmado el programa que ha de seguir durante toda su vida. Es decir: en la infancia ha obrado, el hombre, inconscientemente; más por instinto que por reflexión; en la adolescencia se ha comportado, si bien conscientemente, al menos con cierta irre-

flexión; luego, pasada la aguda crisis antes indicada, entrado ya en la edad adulta, el hombre, actuará conforme a su programa, y desgraciado aquél que no lo tenga; andará perdido, dando tumbos toda su vida, sin saber qué rumbo tomar.

### **Ansia de individualidad y pluralidad de pueblos**

En uno de sus artículos periodísticos, el escritor catalán, Carlos Soldevila, con su estilo sencillo y elegante que le es tan propio, hacía resaltar un fenómeno que, con mayor agudeza que en otras épocas, se manifiesta en la actualidad. Referíase al denodado empeño que hoy individuos y pueblos manifiestan en hacer valer su personalidad. Todos se esfuerzan por destacarse de entre la masa; así los hombres como los pueblos.

Sin duda es éste uno de los fenómenos más típicos de nuestra época. Tratándose de los pueblos vemos que, justamente, cuando mayores son las corrientes internacionales de compenetración, más ímpetu muestran en su afán de personalización. Así es como presenciamos la exaltación de todos los nacionalismos constituidos y el despertar de otros que se creían sepultados para siempre después de siglos sin apariencias de vida.

Unamuno en su libro «Del sentimiento trágico de la vida» nos dice:<sup>7</sup> «Cuando las dudas nos invaden

---

7 Miguel de Unamuno.—Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos. Edición Renacimiento, Madrid, pág. 55.

y nublan la fe en la inmortalidad del alma, cobra brío y doloroso empuje el ansia de perpetuar el nombre y la fama de alcanzar una sombra de inmortalidad siquiera. Y de aquí esa tremenda lucha por singularizarse, por sobrevivir de algún modo en la memoria de los otros y los venideros, esa lucha mil veces más terrible que la lucha por la vida, y que da tono, color y carácter a esta nuestra sociedad, en que la fe medieval en el alma inmortal se desvanece. Cada cual quiere afirmarse siquiera en apariencias.» Con esto Unamuno nos explica el fenómeno social que había apuntado Soldevila en su artículo. El hombre ansía ante todo la inmortalidad y si se le debilita la fe en una vida ultraterrenal, entonces, recrudescerá sus esfuerzos por sobrevivir de algún modo en la memoria de los hombres y alcanzar aunque no sea más que esta sombra de inmortalidad. Nacerá, en consecuencia, el horror a ser hombre vulgar, a no dejar recuerdo de su paso por este mundo y el empeño en destacar algún hecho (aventura, hazaña o simple extravagancia) que le señale entre la multitud.

También podría ser que, como reacción opuesta al mayor peligro de asimilación que hoy día los pueblos se ejercen debido a que también son mayores las influencias que mutuamente obran entre ellos, aquéllos procurasen, como reacción salvadora a fin de no verse totalmente absorbidos por los más fuertes, exaltar las características nacionales que, como el idioma, quedan a salvo de la uniformación que hoy en el vivir de los pueblos se establece.

Estas y otras razones se podrían dar que expli-

caran este fenómeno. Pero es de observar que los pueblos evolucionan destacando cada vez con mayor realce aquello que de distintivo y de auténtica variedad vive en los arcanos más profundos de la raza. Al parecer sucede lo contrario, pues presenciamos cómo en toda la faz del mundo se impone — con suma rapidez — una única manera de vivir y con algunos visos de verdad, hasta podríamos decir que un solo tipo de cultura acabará imponiéndose a la humanidad entera. Pero no olvidemos la experiencia histórica. La Historia nos muestra que siempre que una cultura ha sido asimilada en un vasto territorio, ha ocurrido que las diversas variedades raciales que formaban aquel ámbito han acabado imprimiéndole un giro especial a la cultura recibida. Así ocurrió con el latín que dio origen a los romances y también con el cristianismo; tanto Rusia como los países anglo-sajones no podían entender el cristianismo a la manera de Roma. Así ocurrirá más tarde con el inglés de la América del Norte y con el español de la América del Sur. A un pueblo se le puede importar una cultura y él la recibe; pero cuando se la ha asimilado, alimentándola con la sangre propia de su raza, entonces, da de sí nuevo fruto, y aparece una cultura totalmente distinta. Nuestra cultura occidental tiene en la actualidad un gran dominio; pero no sería de extrañar que algunos de los pueblos que la cultivan acabasen por hacer de ella una que fuese propia y diferente. Rusia nunca ha llegado a compenetrarse con el pensamiento europeo, y todo hace suponer que de allí saldrá aquél completamente renovado. Tampoco los Estados Unidos de

América, a pesar de la gran prosperidad e ilustración que poseen, viven completamente cogidos por nuestro espíritu. Este no lo sienten ni lo entienden. Ellos son pueblos jóvenes que todavía no han manifestado la cultura que responda a sus características raciales.

Así pues: observamos constantemente en la Historia que una determinada cultura manifestada por su religión, idioma, arte, pensamiento filosófico y científico, etc., y que llegó en su expansión a tener vastísimo dominio, acaba especificándose en infinidad de variedades. Lo que en un principio era *uno* después será *vario*. Europa empezó siendo cristiana, manteniendo la unidad dentro del sentimiento religioso; en aquellos primeros siglos de fe un ciego entusiasmo mantenía a todos unidos. Eran tiempos de juventud, de irreflexión y de inconsciencia. Mas así como maduraba el pensamiento occidental formado al calor del cristianismo, iban surgiendo disidencias en el seno de la Iglesia que motivaron la aparición de la iglesia griega primeramente y más tarde la protestante. Y hoy ya no es tampoco posible mantener la disciplina en la unidad de creencias dentro de cada una de estas iglesias cristianas. En la conciencia de cada europeo culto encontraremos una forma particular de entender la doctrina de Cristo. El progreso tiene por causa y tiende a la sucesiva exaltación de lo individual. Al enriquecer, con la continuada adquisición de conocimientos, el caudal cultural del individuo, éste se hace cada vez más personal; y cuando una forma del pensamiento encuéntrase gastada, basta que una nueva inteli-

gencia, de esas que podríamos llamar individuales, le dé fuerte impulso para que de nuevo cobre vigor.

Hemos querido demostrar antes que los individuos evolucionan con la edad y la mayor cultura y educación recibidas hacia una mayor *diferenciación personal*: hombres cultos hállanse más distanciados entre sí, espiritualmente, que gente del pueblo, y hombres adultos lo están más que adolescentes y niños. Igualmente los pueblos caminan hacia una mayor diferenciación con el progreso. Cada cultura recibida es causa de que se cree con ella una modalidad especial. Con el tiempo estos rasgos personales de los pueblos irán siendo más numerosos como más numerosas habrán sido las influencias recibidas. Y aumentarán los matices distintivos de las personalidades. Por ejemplo: actualmente las diversas nacionalidades europeas tienen sobrados recursos — además del idioma que siempre es la más pura expresión del espíritu — con que manifestar la esencia íntima de su espiritualidad. Sobre Europa — viejo continente — ha pasado el influjo de muchas y diversas culturas; en ella vive un sedimento antiguo de paganismo y la influencia toda que ejerció la antigüedad clásica; el germen del cristianismo, de las expansiones germánicas; en algunas tierras influencias islámicas y africanas y en todas el judaísmo que ha mezclado su sangre con la de las razas de Europa. De todo ello, cada pueblo, a su manera de ser, ha extraído la esencia, dándole así un giro propio a la cultura recibida. Y como éstas han sido múltiples y variadas, múltiples serán también las variantes que ofrezcan los diversos grupos étnicos de Europa: más mati-

zados espiritualmente se presentarán y con mayor abundamiento de facetas sus personalidades.

América se presenta con poca fuerza espiritual justamente porque es joven. Sus gentes que la habitan todavía no se han desprendido del espíritu que se llevaron de Europa. Mas éste no puede vivir con lozanía en aquel continente. La tierra, su paisaje, posee otro espíritu que es el que a la postre impera en el pueblo que sobre su suelo se asienta. Ha de pasar mucho tiempo antes que América pueda ofrecer a la Humanidad la cultura propia de su continente.

### **Elogio a la variedad**

Debido a la intensa vida de relación internacional que permite sostener la actual civilización, fueron muchos quienes supusieron que la humanidad caminaba precipitadamente a un futuro, no muy lejano, en que se borrarían todas las diferencias entre los pueblos, algunas de las cuales como el lenguaje, es evidente, que los aparta y separa en alto grado. Las razas llegarían a fundirse en una y un tipo único de hombre poblaría la Tierra. Si difícil es que las razas, por más cruces que entre ellas se establezcan, lleguen a fusionarse todas en una sola, más difícil es que los idiomas contagiándose unos con otros terminen degenerando en una forma de hablar universal y única. Contra la fusión de las razas se opone siempre la acción del clima y en especial la latitud; contra la aparición de un solo lenguaje al uso de

toda la humanidad se opone la influencia que sobre el espíritu ejerce la tierra que se habita. Si el clima es lo fisiológico, el paisaje es lo espiritual.

Quienes han creído tal cosa han dejado de observar que pueblos vecinos que no les separan más que unas pocas leguas de terreno, al cual acuden cotidianamente a cultivarlo, que viven constantemente juntos, no obstante, unos hablan francés y los otros alemán; unos hablan castellano y otros catalán, y esto a través de generaciones y generaciones. Así, pues, por más cine sonoro que nos den en inglés y por más que viajemos, no es posible llegar a este punto de unificación.

Hoy podemos apreciar que los hechos se presentan en forma muy diferente. No solamente la humanidad no camina hacia ese uniformismo sino que cada día aparecen los pueblos con rasgos particulares más nítidos. Actualmente sabemos con mayor claridad que en tiempos pasados, cuáles son los móviles vitales de cada raza. Cuando la moderna civilización despoja a todos los países de sus trajes típicos, danzas, juegos, etc., imponiéndoles unas mismas normas de vida, presenciamos cómo van aquilatando, aquéllos, más finamente las características genuinamente personales, aquéllas que significan la expresión más pura de la espiritualidad. Así vemos cómo en Europa, todas las nacionalidades — aun aquellas que por su menor fuerza vivían sojuzgadas al poder de las más fuertes — pugnan por restablecer hasta la plenitud del uso del idioma que, siéndoles propio, representa la flor más natural y preciosa del espíritu. Nunca, como ahora, han

apreciado los pueblos todo el significado de la palabra *personalidad*.

No hay que lamentarse de que en Europa aumente la confusión por el gran número de lenguas que aspiran a ser reconocidas internacionalmente. Si hay tanta variedad es porque intrínsecamente, la colectividad europea, ya presenta esta variedad que se manifiesta especialmente en las formas del lenguaje. Cada idioma responde a una modalidad racial. A una manera particular de expresar los sentimientos y las ideas corresponde una forma espiritual propia, y, por consiguiente, acompaña a una personalidad definida. Y si como decía Goethe «La suprema dicha del hombre es la personalidad» hay que cuidar esta personalidad, enriquecerla cuanto se pueda y sobre todo no falsificarla. Europa, a mayor abundamiento de nacionalismos, más formas del espíritu, más posibilidades de mejores y más variadas creaciones podrá mostrar; indudablemente, si algún día llegase la humanidad a nivelar todas las diferencias, esto sería el anuncio de su muerte; indicaría que agotadas todas las fuentes de vida, emprendía el camino, vetusta y envejecida, de su decadencia y desaparición. No hay que olvidar que el progreso es hijo de toda concepción nueva de la vida y, en consecuencia, del misterio que envuelve el Universo. Los hombres jamás podrán llegar a discernir este misterio; pero, mientras haya posibilidades de dar nuevo giro al pensamiento, nuevas teorías aparecerán aspirando poseer la clave de su explicación. Spengler y otros han hecho notar que toda cultura llega en su desarrollo a un estadio en que ya no es posible la superación por ella misma.

Es esto: necesita, en aquel estado de decadencia, nuevo injerto que la vigorice. Pues bien: si la humanidad fuera tan homogénea como algunos sueñan, ¿qué posibilidades cabrían de regeneración, cuando un pueblo, una cultura ha dado de sí cuanto podía dar? Nuestra esperanza — por lo que llevamos dicho — de que la humanidad sea capaz de mejora, estará en razón directa con la variedad que en ella descubramos. Únicamente habrá razón de alarmarse, cuando se note que las diferencias entre los pueblos se borran y la monotonía del uniformismo cunda por doquier. Por esto mismo, no encuentro razones fehacientes que justifiquen una decadencia europea. Mientras subsista en Europa la variedad actual y luchan además los pueblos por conservarla y aun por acentuarla, existirá la posibilidad de que alguno de ellos se ponga al frente del pensamiento occidental. Tal vez la causa del estancamiento de la cultura china obedezca a que China forma una ingente masa toda ella homogénea. Este hecho habría que tenerlo bien presente y no echarlo en olvido siempre que se trate de establecer comparaciones. La literatura alemana de decadencia aparecida en la postguerra, no puede obedecer más que a una crisis patológica, consecuencia de la tensión en que vivió el pueblo alemán durante la guerra, agravada por la desilusión del fracaso. Del optimismo del teutón de antes de la guerra se pasó súbitamente al hondo pesimismo de la postguerra. Ciertamente las grandes formaciones culturales futuras no serán seguramente de Europa, quizá vengan de Rusia, que es una gran masa todavía no evolucionada ni diferenciada por

consiguiente; joven, con vigor y muy bien dotada espiritualmente. Pero tampoco es el caso para augurar la inmediata decadencia de nuestra civilización. Tenemos todavía muchos problemas planteados y sin resolver; y mucho menos se percibe en Occidente la corrupción y depravación de costumbres que disolvió la sociedad romana; llevamos con nosotros la influencia de veinte siglos de moral cristiana que hace muy difícil nuestra desmoralización. Roma y Grecia eran pueblos jóvenes con el sensualismo que da la adolescencia; la sed de placeres los deshizo. La Europa actual cuenta con la experiencia que le da la Historia y con el juicio y la sensatez propios de su mayor ancianidad.

### **Las guerras en Europa no tienen hoy sentido ni eficacia**

Hemos señalado que la infancia y la juventud transcurren con una vida de relación mucho más intensa que en otras edades. Observamos, en este estadio de nuestra evolución, una conducta de mayor crudeza en nuestros actos, sin el respeto ajeno que tan imprescindible resulta ser en períodos más avanzados de nuestra vida. Entonces es cuando efectúan nuestras almas la ósmosis de que, anteriormente, hemos hablado. Y sucede, que recibimos mucho de los otros o, viceversa, transmitimos mucho de lo nuestro: esto según sea la presión osmótica. En lo sucesivo seremos, según fueron las influencias recibidas en la infancia y adolescencia.

Pues bien: en los pueblos podemos señalar análogo fenómeno. La humanidad ha pasado por sus tiempos de rudeza primitiva, de salvaje intolerancia. Fue cuando se efectuaba la ósmosis entre las razas. Todavía están en este estado de infancia o de juventud los nuevos continentes australiano y americano y Africa, excepto su parte norte.

En aquel entonces las guerras tenían finalidad y sentido. Ni más ni menos que el más fuerte se asimilaba al más débil. La última guerra desencadenada en Europa es la más clara demostración de que hoy las naciones europeas han llegado a un punto tal en su desenvolvimiento que hacen ineficaces las guerras entre ellas sostenidas, por cuanto, ya no se consigue un predominio absoluto, material y espiritual, del vencedor sobre el vencido. Esta guerra no ha traído ninguna nueva estructuración política de Europa (como no sea el reconocimiento de unas cuantas nacionalidades) ni tampoco el predominio económico o cultural de los vencedores. En otros tiempos, las guerras operaban, a menudo, un cambio radical en la faz de un vastísimo dominio territorial o daban un giro completo al rumbo que debía tomar la futura civilización; como sucedió — esto último — con las guerras púnicas que al quedar vencida Cartago se perdió para siempre la posibilidad de una cultura africana en Europa. Las colonizaciones de la antigüedad, tanto o más que asegurar el poderío mercantil de un pueblo, significaban una expansión espiritual del mismo. Roma difundió por todo el Mediterráneo y casi por toda Europa la cultura que aprendió de los griegos y dio de suyo su sentido

jurídico. La invasión de las tribus bárbaras del Norte aportó a todos los pueblos que se habían desarrollado al calor de Roma el vigor de una raza fuerte y no gastada. ¿Pero una vez formadas y bien definidas las nacionalidades europeas qué ventajas han podido tener las luchas por ellas sostenidas? La misma carrera de Napoleón no es más que el paso por la historia de un fugaz y brillante meteoro. Es un hecho fatal, inevitable; es el estallido que da un hombre sometido a la alta presión de una vida desbordante de vigor. Mas en sí, las guerras napoleónicas fueron estériles. Las doctrinas de la revolución francesa si bien han acabado imponiéndose en todos los estados bien afirmados y constituidos, débese tan sólo a la voluntad de los pueblos que las han aceptado por su bondad.

Respecto a la última guerra todos podemos apreciar ahora la colosal estupidez de la misma. Tuvo causas que la engendraron, bien es cierto: odios no desaparecidos; orgullo del militarismo prusiano; intereses comerciales contrapuestos. Pero, en lo que a sus efectos se refiere no han podido ser más contraproducentes. Hubo alemanes que se creyeron con derecho de implantar su «kultur» en toda Europa por la superioridad aparente que manifestaba, que ellos se figuraban ser infinita. Era, solamente, una superioridad de grado, que ejercía, desde luego, influencia manifiesta en todo el mundo civilizado. Mas no había tremenda desproporción entre el valor intrínseco de esta cultura y sus similares de otros países de Europa. Las diferencias entre las diversas culturas europeas son únicamente

de matices, de calidades, pero no de superioridad o inferioridad absolutas. Por esto mismo no es posible, y menos conveniente, que una de ellas suplante a las otras. Si Alemania hubiese arrollado a Francia nada hubiese ganado Occidente con ello.

Hay que meterles en la cabeza a esos que todavía peroran la necesidad de las guerras, que Europa, ha llegado a un estadio en su desarrollo que forzosamente hace ineficaces, por estériles, todas las luchas que dentro de ella se declaren. La Europa actual es el resultado de la expansión romano-griega, fecundada esta civilización clásica por el germen gótico. Grecia ha significado lo femenino y el elemento germánico el agente masculino. Después Europa mantuvo luchas para defenderse de la invasión islámica. Fuera de estas guerras, todas las otras que se desencadenaron durante la Edad Media y después en la Moderna, no fueron sino querellas entre señores feudales o entre las casas reales que se peleaban movidos, solamente, por la ambición en ceñirse las coronas de las monarquías absolutas de Europa.

Los pueblos europeos han pasado ya su infancia y su adolescencia. En esos primeros tiempos es cuando hay que luchar esforzadamente. Luego, cuando aparezca definido el individuo-pueblo, con su personalidad, será mucho más aconsejable el respeto mutuo. Que cada cual o cada pueblo vaya laborando y enriqueciendo su patrimonio personal. Primeramente, lucha desahogada; después, trabajo consciente. Zulueta ha llamado a la juventud «edad heroica».

Así deben ser los pueblos en sus comienzos: heroicos.

Por haber llegado a la madurez, nada más natural y lógico para Europa que el despertar de los nacionalismos, allí donde se halle una modalidad personal, siempre caracterizada por un idioma fundamentalmente distinto de otros familiares. Como los hombres llegados a su edad adulta, hoy, los pueblos europeos deben trabajar puliendo y retocando su propia personalidad. Según sea ésta, que dé cada uno sus frutos característicos. Pero de ninguna manera pretender asimilarse al vecino. Es poco menos que imposible de lograrlo; somos personas adultas, a las cuales ya no es posible enderezo alguno.

Y no hay por qué lamentar la diversidad. Antes al contrario, hay que hacer elogio de ella. Así existen más puntos de vista de donde tomar la perspectiva del panorama de la vida y del Cosmos. Decía Ortega y Gasset en su introducción al Espectador: «En vez de disputar integremos nuestras visiones en generosa colaboración espiritual, y como las riberas independientes se aúnan en la gruesa vena del río, compongamos el torrente de lo real». Un punto de vista da una visión incompleta del paisaje. Por consiguiente, la diversidad de razas, pueblos y culturas será favorable a conseguir concepciones del Universo más amplias y más exactas. No obstante, el empeño de los hombres en toda época, su ilusión favorita, ha sido ver toda la humanidad cortada al mismo patrón que ellos. Esta ha sido la aspiración del catolicismo; pretender hacer universales las creencias religiosas, cuando, es el caso, que no todos verán y entenderán a Dios de igual manera.

Nos molesta siempre aquel que se presenta con un programa diferente al que uno lleva. De aquí que la virtud más difícil, y por lo tanto que mayormente debería estar apreciada, es la tolerancia. Por algo ha dicho Benedetto Croce que «la democracia es el más fino producto de la cultura». Y la democracia implica, ante todo, tolerancia; sin ésta no puede subsistir aquélla.

**..... sobre el arte  
y la ciencia**

## INVESTIGACION Y CREACION<sup>1</sup>

*El artista tiene que crear de dentro afuera, pues haga lo que quiera sólo logrará dar a luz su propia individualidad.*

Goethe

La ciencia avanza por sucesivos descubrimientos, producto del trabajo científico que es la investigación. La voz alemana equivalente a nuestro *investigar*, *untersuchen*, es palabra compuesta de dos vocablos, *unter* que significa debajo y *suchen* que es el verbo buscar. Así viene a expresar *untersuchen* buscar por debajo. Según esto, investigar sería como descubrir una cosa quitándole envolturas. La palabra francesa *recherche* (investigación) también es muy expresiva. Pues *chercher*, *rechercher*, es decir, buscar, rebuscar, buscar de nuevo, es lo que hace el hombre que investiga. La ciencia, en efecto, se desenvuelve en un avanzar y retroceder y avanzar otra vez. La investigación exige este trabajo de «escudriñar», que se hace precisamente en la frontera que separa lo cono-

---

<sup>1</sup> Publicado en el BSCC., tomo XVI, cuaderno IV, año 1935.

cido de lo desconocido. Esta frontera, por lo demás, es de límites confusos y avanza oscilando pendularmente adelante y atrás. Los conocimientos científicos no son firmes y estables: ellos son producto de la razón y la razón no está segura de sus pasos. Por algo se ha dicho que la física era un cementerio de hipótesis. ¡Ha habido que rectificar tantas veces!

La investigación obliga a nuestra mente, como ninguna otra actividad del espíritu, a mantener el entendimiento dentro de normas fijas. Exige una disciplina al intelecto, mayor que la que impone el arte. El investigador debe deponer parte de sus libertades y, sobre todo, acallar su rebeldía mental. Ha de procurar pasar a ser individuo de una comunidad y entregarse a ésta en cuerpo y alma. El progreso científico débese al método impuesto al trabajo y es, por otra parte, la más grande obra que a la solidaridad humana se debe. Todos los cerebros de los hombres dedicados a una determinada especialidad deben hallarse íntimamente compenetrados, vibrar al unísono. Sólo así es posible que cada cual comprenda y asimile la labor de los otros. El investigador tiene que sentirse obrero que coloca su ladrillo en el gran edificio de la ciencia. Su labor ha de sumarla a la de los investigadores que le han precedido. Además, su inteligencia la polarizará para dar así el máximo rendimiento.

Requíérese, por otra parte, un gran esfuerzo para aprender todo lo descubierto, todo lo conocido, a fin de ponerse en condiciones de viajar por lo desconocido. Es un punto éste que no se debe echar en olvido cuando se trate de comparar la labor que

hace el sabio con la que efectúa el artista, por genial y fecundo que éste sea. Pues el artista no debe esforzarse mucho por adquirir una vasta cultura. Si bien es verdad han existido un Leonardo de Vinci y un Goethe, pongamos por caso, poseyendo vastísimos conocimientos y que a la vez han sido creadores de las más geniales obras de arte, hemos de convenir, sin embargo, que esto no es la regla general, más bien representan singulares excepciones. En la mayor parte de los grandes pintores, escultores y hasta la generalidad de los poetas inclusive, que han sido con mucho los más cultos de los hombres dotados de fibra artística, su horizonte cultural ha sido bastante estrecho. Incluso tratándose de temas sobre arte, pocas veces han dado pruebas de sólida erudición. Ocurre que, en realidad, al artista no le es de absoluta necesidad un gran bagaje intelectual. Para su creación lo que requiere, ante todo, es el fuego interno que mantenga viva su inspiración. La obra del artista en su mayor pureza ha de venir del interior. Apreciamos en mayor grado aquellas obras que revelan una mayor originalidad, que nos hablen del fondo del artista y que estén desprovistas, por lo tanto, de fuertes influencias extrañas. Siempre estas influencias de otros autores o de otras producciones restan interés y valor a la obra. Ante todo en el arte la originalidad, la pura creación. Que las obras sean verídicas, que respondan únicamente a los propios impulsos del autor. Ya Goethe dijo: «el artista tiene que crear de dentro afuera, pues haga lo que quiera sólo logrará dar a luz su propia individualidad». Por esto lo personal que pueda tener

una obra es el principal valor que encierra. Uno de los deberes que ha de saber cumplir el buen artista es mantenerse sincero consigo mismo y fiel a sus propios impulsos. No falsificar, en nada y por nada, su auténtica personalidad. Aun cuando con ello nos tenga que confesar algo que tal vez prefiriera callarse. El artista ha de sentir como nadie aquel otro aforismo de Goethe:

*Volk und Knecht und Überwinder  
Sie gestehen, zu jeder Zeit,  
Köstes Glück der Erdenkinder  
Sei nur die Persönlichkeit*

(Pueblo y lacayo y conquistador, en todo tiempo reconocen, que el supremo bien de los mortales es sólo la personalidad.)

Todo el contacto que el artista tenga con las cosas externas y con los hombres ha de servirle exclusivamente para afinar su personalidad. Lo que sepa de otros artistas, lo que conozca de sus producciones, no tiene que utilizarlo directamente para sus fines, sino indirectamente, después de haberle dado el giro que impriman sus auténticos impulsos creadores. Pintores y escultores temen los museos por el aprisionamiento que puedan traerles.

No le ocurre otro tanto al científico, al erudito, al hombre que al estudio se consagra. Este, debe empezar proporcionándose una sólida y vasta cultura. Su labor de formación personal no ha de estar encaminada a dotarse de una rica personalidad de facetas múltiples como el artista. Su labor de forma-

ción será la de enriquecer su patrimonio cultural. Ha de llenar su cerebro de teorías, métodos, definiciones. Cuantos más conocimientos adquiriera, tanto mayores serán las posibilidades de llegar a poder hacer esas grandes síntesis que son las que dan nuevos impulsos al progreso de las ciencias. El científico debe empezar por saturarse de cultura; aumentando la presión cerebral a fuerza de conocimientos adquiridos.

Mientras que, al artista, bástale sentir la vida, vivirla y darla un sentido. Y que el peso de una cultura excesiva no obre como un lastre que le impida remontarse a las esferas de la pura creación y le prive de espontaneidad. Su técnica es poco difícil y complicada y tampoco aumenta su complicación con el tiempo. La técnica a seguir para labrar una escultura en los tiempos de la antigua Grecia o en la moderna Europa continúa siendo la misma. Ha variado el sentido que el griego daba a la vida y por ende a su arte y el que actualmente da el europeo. Ha cambiado la valoración de la vida. Pero la manera de formar la escultura partiendo del bloque de mármol no ha cambiado en nada.

Pasando, ahora, a considerar los métodos de investigación que contaba Ptolomeo — pongamos por ejemplo — en sus mediciones celestes, con los que cuenta un observatorio moderno, salta en seguida a la vista la portentosa evolución que éstos han sufrido. Quien se dedique a estas experiencias le será obligado una preparación rigurosa y esmeradísima para adiestrarse en el delicado manejo de los actuales instrumentos astronómicos. Y esto en cualquiera

otra rama de la investigación. Conforme la ciencia va dilatando su campo exige a todo aquel que a su cultivo se dedique limitarse a una especialización determinada. No hay mente humana ni capacidad de trabajo suficiente para que un mismo hombre, en el estado actual de la ciencia, pueda ejercer su actividad de investigación en todas sus esferas. Aristóteles pudo saciar su curiosidad en todas las ramas del saber y compendiar en sus escritos toda la cultura clásica. Consecuencia de esto era que el antiguo filósofo hacía vital la sabiduría. Era más deportiva la función de estudiar, siendo así que el intelecto aspira a la integridad del conocimiento. Una sana y vigorosa curiosidad se reparte como una radiación en todas direcciones. La disciplina que imponemos a la mente repliega todos esos rayos y forma un haz de rayos paralelos. Es decir enfoca la curiosidad en una especial dirección. Como esto requiere un esfuerzo de acomodación, de aquí nace el gran sentido disciplinario que contiene el estudio. En estos nuestros tiempos de especialización, a pesar de todo, se nota en los filósofos esta tendencia a vagar su entendimiento y satisfacer integralmente su curiosidad. Esto es lo biológico. Y el filósofo siente la vida, si bien conscientemente, con la cabeza, en tanto que el artista la siente inconscientemente, con el corazón.

En los albores del conocimiento la cultura quedaba al servicio de la vida. Hoy tenemos que sacrificar la vida a la cultura, consagrándonos con método y disciplina al estudio de una especialidad; todo lo más de una rama del saber. De lo contrario resultaría estéril nuestro esfuerzo. Por consiguiente, ahogamos

el instinto de curiosidad que aspira a conocerlo todo, interesándose por todo. Tenemos que reconcentrar nuestras energías, nuestro entusiasmo, persiguiendo un fin especial y determinado dentro de una rama del saber. Jamás ha requerido el estudio una mejor ordenación en sus métodos, ni una mayor disciplina de la inteligencia como en la actualidad. Hoy no se puede ensalzar el ocio a la manera como lo hicieron los clásicos, como motivo principal para el cultivo de la personalidad. Al menos en el campo de los estudios científicos, donde el hombre se encuentra agobiado por el más rudo de los trabajos; cuando sobre sus hombros gravita y pesa sobre su cabeza la masa ciclópea de una gigante cultura. Aquel sentido de pasatiempo que daban los clásicos al quehacer espiritual ha desaparecido del ambiente de nuestros laboratorios y seminarios. Ya no podemos afirmar con Aristóteles: «la felicidad está en el ocio», entendiéndolo con esto, que el liberarse de los trabajos manuales, le permitía al hombre «ejercer libremente su talento, lo cual significa la consecución de la verdadera dicha» como era también decir del Estagirita. O como Sócrates que alababa el ocio como lo más hermoso de las riquezas o Séneca que decía: «otium sine litteris mors est et hominis vivi sepultura». Hoy no podemos hablar de la actividad espiritual en aquel sentido eudemonista que daban los griegos, como fin último y exclusivo de felicidad; hoy ha tomado un carácter más heroico, de sublime abnegación. La investigación, dado el estado de vastísima amplitud a que han llegado los conocimientos, exige que el hombre acuda a la tarea científica no con la inten-

ción de entretener un ocio sino con el ánimo dispuesto a soportar la rudeza de un trabajo de titán. Para liberarse de esta carga y de la disciplina que impone la investigación en estos tiempos, sin desertar a su vez de la actividad espiritual, el hombre moderno adopta a veces una actitud pasiva, meramente contemplativa frente a las maravillas y bellezas que le ofrece la cultura occidental. Es el modo de comportarse el diletante, producto típico de nuestros tiempos. Mientras el investigador es albañil que va poniendo sus ladrillos en el espléndido y magnífico edificio de la cultura, el diletante es mero espectador, que unas veces contempla la obra hecha con ojos de crítico y las más con la curiosidad propia de un turista entendido e inteligente. No obstante la infecundidad creadora que en sí lleva el diletante y la esterilidad para toda labor cultural, su posición es la más deportiva que puede adoptar el hombre en relación con la actividad espiritual. Es la forma casi divina de entretener un ocio. Y si su curiosidad no conoce límites, entonces, vagando sin rumbo fijo, un tanto a la deriva, puede contemplar el dilatado horizonte que se le abre a la vista y dar plena satisfacción al afán innato de una curiosidad integral.

Toda la labor de preparación que necesita el científico en su formación intelectual, acabará por influir poderosamente en la modelación de su personalidad. Esta quedará con pocos rasgos individuales. Será más bien una personalidad genérica, correspondiente a la clase de erudición a que responda; personalidad de químico, de naturalista, de matemático, de historiador, etc. Como el hombre de estudio

sigue cuidadosamente los pasos de los investigadores que le han precedido, fórmase su personalidad de fuera adentro, depositándose, por consiguiente, sobre ella una gran sedimentación externa. Contrariamente, en el artista, se descubren siempre más rasgos espontáneos que brotan lozanos de su interior. Por esto su personalidad es más recia — porque tiene raíces profundas —, más específica y personal.

Su actividad — hemos dicho — le lleva al artista a la creación. De aquí el individualismo que siempre acompaña al arte. Pues crear implica siempre el individuo que haga nacer la obra. Los personajes de una novela son como hijos del novelista. Sin embargo, el teorema que alcanza a demostrar el matemático no es más que continuar o terminar aquello que otro ya dejó empezado. Jamás un artista concluye la obra que anteriores artistas dejaron inacabada. Marca la estupidez, en arte, de un pueblo, la nota que dio determinado millonario «yankee» de ofrecer un premio para aquel que terminase la sinfonía inacabada de Schubert. La obra artística es siempre labor personal, pura creación. Seguirá, sí, el ritmo de la época; responderá a la esencia profunda de una cultura, y al sentido vital de un tiempo. Pero siempre hay que ver en ella y admirar la exaltación sublime de la personalidad humana en su forma más individual.

Por lo que tiene de propia creación es donde radica el sentido masculino que al arte acompaña. Es genético, dicho con más rigor «catagenético» por el elemento activo que contiene, y por lo tanto, nunca la mujer (anagenética) podrá aportar su colaboración.

Su actitud, en este respecto, será solamente contemplativa y de admiración, pudiendo, desde luego, apreciar con su fina sensibilidad y emoción toda la grandeza y profundidad que encierra.

Resumiendo: el investigador descubre; el artista crea. El investigador es «pioneer», es «Bahnbrechend», es hombre que va abriendo camino para los que le siguen. El artista es un pequeño dios, con fecundidad creadora, capaz de dar a luz nuevas formas. Siempre en el arte se encuentra un principio de «autorrealización».

## OBJETIVIDAD DE LA CIENCIA Y SUBJETIVIDAD DEL ARTE

*Los artistas no se limitan a imitar lo que ven, sino que ascienden hasta las ideas de las que procede la Naturaleza.*

Plotino

El hombre puede dirigir su observación en dos sentidos: uno objetivo y otro subjetivo. La actividad del hombre, como consecuencia de este afán por observar el mundo exterior da lugar a la *ciencia*. La *curiosidad enfocada hacia fuera crea el científico*. Todas las ciencias (incluso la matemática y la filosofía en su mayor parte) son objetivas, aun cuando, algunas de ellas, manejen entes que no son justamente del mundo físico. Lo que aparentemente puede haber de contradictorio con las ciencias humanas, consideradas como ciencias subjetivas, insistiremos más adelante.

La matemática, a pesar de los conceptos tan abstractos que maneja (axiomática, teoría de conjuntos, hiperespacios, etc.), no pertenece a nuestra intimidad más profunda; mas tampoco es del mundo

de los fenómenos. Si bien es cierto que toda la matemática conocida, parte del concepto de número y de espacio, adquiridas estas dos ideas por experiencia, y, por lo tanto, es de un orden tal que puede explicar los fenómenos físicos, no se quiera tomar esto en absoluto. A la matemática más abstracta, más pura y general no podemos llegar ya que no podemos escapar del mundo en que vivimos y nos apresa. La moderna geometría, fundamentada en la axiomática, que puede desarrollarse sin el concurso de figuras, operando con elementos geométricos puros y abstractos, la cual puede generalizarse a espacios de  $n$  dimensiones es una buena prueba de que la geometría está por encima del mundo del espacio físico y de la materia. Ahora bien, desarrollar otra matemática que no parta del concepto primario de número natural, ni de la intuición del espacio físico, es imposible para nuestra mente que elabora sus ideas en un cerebro compuesto de células; un cerebro que, en lo que tiene de funcional y fisiológico, responde a las leyes de los fenómenos físicos. Explorar otras regiones de este mundo abstracto no nos es posible. Nuestra mónada si algunas ventanas tiene son las neuronas por las cuales se asoma nuestro espíritu a contemplar la naturaleza. Todas nuestras ideas llevan la forma y el colorido del paisaje que observamos a través de estas ventanas. No nos es dado elaborar ideas que no respondan a imágenes de este mundo: único que nos es posible observar.

La matemática supone y elabora un mundo de ideas lógicas que no es propiamente la realidad física, pero que tampoco es inherente a nuestro hontanar.

Si así fuera habría una matemática para cada matemático como tenemos una idea particular de la vida cada uno. Y nada hay menos personal que las ciencias exactas. A las ideas matemáticas vamos acercando nuestras mentes con titánico esfuerzo. Lo que es vital — como el arte — lo ejecuta el hombre con naturalidad, sin esforzarse apenas. El arte fluye del artista como el agua de un manantial. La actividad artística es algo funcional en el hombre. Sin embargo, el estudio de las ciencias exactas, requiere un esfuerzo de adaptación de la inteligencia enorme, que influye sobre quien las cultiva creando un tipo fuertemente introvertido. Como que su trabajo no se ejecuta con las cosas del mundo en que vivimos, su atención está desviada de las cosas externas. Pero no es que el matemático sea un hombre de rica vida interior. Si su atención no está dirigida al mundo de los fenómenos tampoco lo está a escudriñar aquella zona oscura y profunda de nuestro ser. Su actividad se desenvuelve en un mundo especial, cual es el de las ideas lógicas. Y nada menos vital que la lógica. La vida es contradicción. Aquello que nos habla Unamuno en «El sentimiento trágico de la vida» es el sentimiento fundamental del hombre. ¡Querer la inmortalidad; querer creer en Dios, y no encontrar razones eficientes que lo demuestren! He aquí el pavoroso problema que mantiene en constante tensión nuestra vida. Un problema deja de ser vital cuando se le encuentra solución exacta, que no deja lugar a dudas y en donde huelga toda discusión. Precisamente, los problemas que mayormente apasionan a la humanidad, los religiosos, sociales, etc.,

son de aquellos que no pueden resolverse. Si el problema trascendental *del más allá* o de la existencia de Dios llegara a solucionarse con la rigidez de un teorema matemático, nuestra vida perdería todo sentido e interés. Viven nuestras ideas, mientras las mantenemos en tensión y lucha.

El mundo de las ideas elaboradas, cual es el de los conceptos matemáticos es tan extraño al hombre como el mundo físico exterior. El hombre no está colocado en un fenómeno físico o en un concepto matemático, sino que se coloca ante un fenómeno físico o ante una verdad matemática. Lo que sea esencial en el hombre ha de tener siempre un contenido vital, ya sea fisiológico o anímico; ha de ser arrastrado por el torrente de la vida.

\* \* \*

En cuanto a la filosofía, Keyserling nos dice, que la metafísica, con ser lo más profundo de la filosofía occidental, no ha traspasado la corteza, no ha penetrado más allá de las primeras capas superficiales. Apenas ha apercibido con hondura el sentido de las cosas. Y es que en oposición al Oriente, Occidente, si se prescinde de la mística, ha enfocado los problemas filosóficos en la dirección racionalista. Todo lo más ha partido de algunos principios que, como axiomas sentimentales, le han servido de puntos básicos a sus desarrollos deductivos, que tanta similitud presentan en algunos sistemas filosóficos con los procedimientos que emplean las ciencias exactas.

Es indudable que de los filósofos que han permanecido por más tiempo sumergidos en las zonas abisales de la vida, fue Descartes, en los momentos que precedieron a la enunciación de su célebre principio contenido en la frase: *cogito ergo sum*. Y más aún San Agustín cuando dice: Aunque llegásemos a dudar de todo, habría una cosa de la que estaríamos ciertos: de que existimos y de que dudamos. Después «Le Discours de la Méthode» es todo raciocinio; metodología pura. El filósofo de «la poêle»<sup>2</sup> al exclamar «je pense donc je suis» se libera de la pesada carga que le ahogaba. Se parece al nadador que tras un prolongado «plongeon» emerge de nuevo a la superficie huyendo del medio que le asfixiaba. Descartes después de las primeras meditaciones ya no volvió a zambullirse en las profundidades; siguió nadando por la superficie tratando de descubrir todo el horizonte. Sucede que nuestra complexión espiritual es de poca resistencia para aguantar altas presiones.

Aquí en Occidente han sido los poetas quienes han buzado más hondamente. Esto no implica que con frecuencia ellos mismos hayan dejado de comprenderse. Se han expresado no por vía de la razón sino por vía del sentimiento. No pocos pensamientos han sido ininteligibles para el poeta que los escribió o no han sentido, al menos, con suficiente claridad las voces que subían de las profundidades de su alma. Probablemente, la riqueza de pensamientos y

---

2 Je demeurais tout le jour enferm e seul dans un po le, dice Descartes en su obra citada.

el gran contenido afectivo de «la Divina Comedia» fue mejor comprendida y sentida por Carlyle que por el propio Dante. Esta impresión produce, por lo menos, la conferencia que al «héroe como poeta» dedicó este ilustre inglés, filósofo de corazón. Análogamente, Cervantes no sospechó, sin duda, toda la grandeza que contenía D. Quijote. Como un padre ante el que se yergue la figura grandiosa del hijo procreado. Han sido lectores críticos del Quijote, como Unamuno y Ortega, los que han medido con mega-unidades la grandeza del personaje que creara Cervantes.

Nuestra filosofía, en esencia, ha sido constantemente racionalista. Ha seguido la pauta de la razón: método y crítica: «Discours de la Méthode», «Crítica de la razón pura», «Crítica de la razón práctica». Por esto ha tenido un patente carácter objetivo. Pues razonar, al fin y al cabo, es objetivar. Una idea clara, escueta, es algo que se ha elaborado, y, por esto mismo, está ya fuera del sujeto. La idea forma parte de nuestro ser mientras permanece en estado de nebulosa; la poesía que tan hondas raíces tiene con la vida aparece siempre envuelta con neblina.

En noches de insomnio, en el aplastante silencio de las horas de la madrugada, sentimos, precipitándose del fondo de nuestro ser, una cascada de ideas, pensamientos, emociones, voliciones, todo en estado caótico y revuelto; pasan rápidas ideas; unas apagadas, otras fulgentes como relámpagos zigzaguean breves instantes, y, como si fuera el tono de una sinfonía, apercibimos el continuo rumor de alguna emoción obsesionante que no acertamos discernir.

Lo cierto es que las ideas viven en nosotros, alimentando la savia de nuestro espíritu, mientras son arrastradas por el torrente de la vida. La razón es así como un pescador que las saca del curso tumultuoso de este río; y las presenta, por consiguiente, como cuerpos muertos. Unamuno ha dicho en uno de sus ensayos: «escribir es como congelar las aguas de un río».

Nada menos vivo que una idea clara y transparente y con la rigidez cadavérica de la lógica; nada más cierto que la muerte. La vida es contradicción e incertidumbre. Nuestra existencia es un equilibrio inestable que sostenemos entre la vida y la muerte. En cada instante jugamos la suerte de continuar viviendo o de perecer. Es un juego de azar. Unos cuantos años que marcarán nuestro paso por este mundo, frente a la eternidad de la muerte pretérita y futura.

\* \* \*

Siempre me ha parecido que la música descriptiva se encuentra en un plano muy inferior de emotividad a aquella otra que exclusivamente porfía por ser expresión de estados afectivos y sentimentales. Entre Sigfrido y la VI sinfonía de Beethoven, opto por «sensaciones que se experimentan junto al arroyo» que por «los murmullos de la selva» como pretendió describir Wagner en su ópera. Con ser, sin duda, una de las mejores piezas de música descriptiva que se han compuesto, adolece de poca riqueza espiritual, como acontece siempre con la música que se

esfuerzo en ser fiel retrato de la realidad objetiva. La extremada técnica de Ricardo Strauss presenta una música materialista, sin alma. No debe ser así el arte musical. Por más habilidad que tenga el compositor y por grandes que sean sus recursos orquestales, jamás, podrá llegar a producir en sus descripciones una impresión sana de la naturaleza. Lo que debe hacer el músico es atender a presentar su estado subjetivo, su estado anímico, al contemplar la naturaleza. Es lo que persiguió Beethoven en toda su «sinfonía pastoral».

Todo intento de copiar la naturaleza no es más que una burda imitación de ella. Por esto el *naturalismo* no ha podido subsistir como superior manifestación artística. Dice Keyserling hablando de este mismo asunto: «todo gran arte ha sido en último término expresionista, aunque exteriormente pareciese de otro género.»<sup>3</sup> Y es que con el arte satisfacemos nuestro afán de autorrealización que va, por consiguiente, de dentro afuera. Si pretendemos, como se quiso hacer con el impresionismo, captar el espíritu de la naturaleza nunca lo alcanzamos en alto grado. Al paso, que el artista que encamina su obra a la expresión de su estado interno, es el que logra la máxima emoción en sus obras. Al menos, son estas producciones que nos vienen directamente del artista, sin pasar a través de la naturaleza, las que mayormente nos llenan de fruición y deleite. Sucede que en ellas el artista logra arrebatarnos y por unos momentos compartir con él y gozar de las inmensas

---

3 Conocimiento creador. Ed. Espasa Calpe, pág. 66.

riquezas de su espléndido contenido espiritual. Mientras que, por el contrario, en las obras aquellas de las cuales el artista abandonó su mundo interno para sumirse en el espíritu de las cosas y captar su sentido, apenas consiguió su objetivo, y estas obras jamás irradian la espiritualidad de aquellas otras que el artista las llenó de expresión. Las grandes creaciones todas pertenecen a este género *expresionista*. Y particularmente en la música vemos cómo, los músicos que logran mantener perenne el fervor de la admiración, son justamente aquellos que más profundamente y subjetivamente supieron manifestar la música. Bach y Beethoven sí, en la actualidad, consiguen despertar tanto o más interés que en sus respectivos tiempos, débenlo a que su música no responde a exigencias especiales de gusto de una época; nos arroban en éxtasis sus melodías porque son arrullos vibrantes del alma. Mozart, no obstante la admiración que se le presta actualmente, no es un valor universal y eterno. Su música que se desenvuelve con el aire y elegancia de los salones dieciochescos es periférica. Como todo lo superficial su valor cambia con el tiempo. Dígase lo que se quiera de Beethoven: si fue de una vastísima sensibilidad de múltiples facetas, capaz de irisar todos los matices de la emotividad, y, por consiguiente, que cualquiera que sean las exigencias sentimentales de los públicos, siempre encontrarán en su arte aquel aspecto que les interese y afecte; si poseyó una técnica admirable, con la que sabía despertar las más variadas emociones, y cuantos más atributos y cualidades quieran asignársele. Sin duda, el único secreto de la inmortalidad de

su música está en su profundidad, y nada más. Incluso su tremenda sordera le sumió más todavía en las profundidades de su alma y le apartó por completo del mundo exterior de los sonidos: un artista a quien le falla el sentido que aparentemente más necesita para conectar con la naturaleza. La novena sinfonía que escribió completamente sordo no puede ser más que pura creación expresionista. Lo profundo es imperecedero e inmutable; siempre que se consiga sacarlo a la superficie interesará a los hombres su contemplación. La gran admiración en que se tiene a la música rusa estriba, tan sólo, en que en ella, constantemente vibra el alma de uno de los pueblos de más rica espiritualidad. Tal vez, algunas de sus piezas de música descriptiva, como pasa con Petrushka, logre despertar exaltada emoción, porque además de la gran fuerza descriptiva que posee, no pierde un solo momento el contacto con el alma rusa.

\* \* \*

Lo ulterior subjetivo, aquello que extraemos de nuestro más profundo mundo interno, y cada individuo tiene el suyo propio y particular, no podemos razonarlo. Cabe sentirlo nada más. Su mejor lenguaje es el arte. Y merced a éste lo exteriorizamos. Así pues, el arte, es la única expresión posible de este mundo que nos acompaña en nuestra existencia y cuya contemplación directa está vedada para extraños. Mediante una pincelada, mediante una nota, mediante la exclamación de dolor o alegría que el

poeta profiere, el hombre manifiesta mucho mejor sus estados anímicos que con los párrafos más pomposos del más florido lenguaje. No siempre conseguimos entendernos con el lenguaje racional que el hombre emplea a diferencia de los animales. Nuestras almas, con frecuencia, se comprenden mejor y marchan mucho más al unísono cuando no empleamos otra parte de la oración más que aquella que viene a corresponder al lenguaje afectivo de los animales: la *interjección*. La música, que en último extremo no es sino este mismo lenguaje afectivo llevado a lo sublime, es el único *esperanto* que los hombres poseen y conocen. Necesitamos del arte, y en especial de la poesía y la música, para acercarnos los unos a los otros y sentirnos más afines. El arte nos lleva a aquella región de los afectos y sentimientos que integran el alma y es el tronco de nuestra vida. Pues el alma representa lo vegetativo en el hombre, aquello que nos sumerge en el Cosmos.<sup>4</sup> El espíritu (y el lenguaje racional es una de sus manifestaciones) al igual que las ramas de un árbol que cuanto más se elevan más se distancian, al remontarse a las regiones en las que el pensamiento se hace más sutil, más personal e incomprensible se vuelve. De aquí, que la religión católica, merced a la grandiosidad artística de sus templos y a la suntuosidad de sus ritos, posea mayor fuerza coercitiva que la protestante, pues actúa principalmente sobre la zona afectiva de la

---

4 Sobre la distinción a considerar entre alma y espíritu, Ortega ha divulgado estos conceptos en el ensayo *Vitalidad, Alma y Espíritu*.

persona. Con sus salmos, sus ceremonias, sus iconos, consigue que sus fieles permanezcan unidos por los sentimientos.

\* \* \*

Todo cuanto llevamos dicho nos demuestra el carácter esencialmente subjetivo del arte. Al contemplar una obra artística exploramos a la vez el alma del artista que la creó. Todo retrato pintado comprensivamente es un retrato del artista, no del modelo. El modelo es puramente el accidente, la ocasión. No es a él a quien revela el pintor: quien se revela sobre la tela coloreada, más bien es el pintor. «¡La razón por la cual no exhibiré ese retrato está en el terror que tengo de mostrar en él el secreto de mi alma!» — decía un artista en la comedia de Oscar Wilde el «Retrato de Dorian Gray» —. La obra, en sí misma, no es más que masas, líneas, colorido, etc. Lo que distinguimos de substancial en ella son las intenciones del autor. Nuestra emotividad ha de ser siempre una sintonización con la otra emoción que animaba el espíritu del artista. Si no logramos esta sintonización, no es captada la espiritualidad que fluye de la obra.

Vemos, cómo las obras, tanto pictóricas como escultóricas, que han alcanzado mayor renombre, son siempre retratos y esculturas humanas. El artista ha ido directamente a utilizar temas humanos, porque con ellos podía realizar obras más repletas de espiritualidad. Es que acaso, una figura animal cualquiera, un gato, un perro, por ejemplo, no puede

ser motivo, sino de tanta belleza como el hombre, de la suficiente, al menos, para que recaiga sobre él la atención del artista? En los cuadros en que vemos pintadas figuras de esta clase (como ocurre con el perro del cuadro de las Meninas) ellas no son más que elementos decorativos; armónicos que acompañan al tono fundamental de la obra. Y es que en esta clase de figuras únicamente podemos apreciar lo externo de sus bellezas. Se nos escapa lo interno que es precisamente lo esencial. ¿Qué sabemos nosotros del sentido de dignidad que observa el gato en su comportamiento o de los sentimientos de humildad y vasallaje que dominan al perro? ¿Si lo supiéramos qué motivos más preciosos para el arte! Podríamos establecer una escala de valores: el gato, que a fuerza de querer mantener su dignidad se ha vuelto orgulloso y altanero; el perro, que de puro querer ser sumiso a su dueño ha degenerado en vil y rastrero. Y así, al contemplar estos retratos de animales nos sumiríamos en un mundo de consideraciones y apreciaciones y podríamos aquilatar más finamente. Ahora, ocurre, que de las cosas, en general, no tenemos más que una idea genérica. Nos falta poder apreciar lo específico, que es lo que da los matices.

Algo análogo se pasa con el paisaje. No sé de ningún cuadro de esta clase que haya despertado el interés de «La Gioconda», de una «Madona» de Rafael, de un retrato de Rembrandt, de Goya o de Velázquez. Y es que frente al paisaje tenemos que adoptar una actitud contemplativa, de impresionismo. En esta clase de obras dominará mayormente un sentimiento femenino, puesto que son obras recep-

tivas, en contra de aquellas otras que son de impulso creador y, por lo tanto, masculino.

Si tan subjetivo es el arte parece lógico que el afán de todo pintor fuese el de hacer su autorretrato. Ya existe, en parte, esta inclinación; y si el éxito no ha acompañado a la obra, dentro de este tipo de las obras cumbres de la pintura, se debe en parte a dificultades técnicas y sobre todo a que esta clase de obras no responden al sentimiento de superación que vive eternamente en el arte. El artista se ve, sin duda, a él mismo, demasiado mezquino; conoce sus flaquezas e imperfecciones. Como le abrasa el ansia de superación se encamina siempre a crear tipos superiores de vida; a superar la suya, a pesar de la gran riqueza de que pueda estar dotada.

\* \* \*

Las tendencias modernas del arte han exaltado el aspecto subjetivo que tiene aquél, a tal extremo, que han desatendido las formas, intentando quitar todas las apariencias externas. Ortega y Gasset ha llamado a este fenómeno «la deshumanización del arte»; así lo ha desarrollado en un interesante ensayo. No acabo de comprender este punto de vista que Ortega adopta. ¿Es realmente, deshumanización? Paréceme que lejos de ser una deshumanización es una mayor humanización lo que el arte moderno en realidad realiza. El mismo dice en el citado ensayo: «De pintar las cosas se ha pasado a pintar las ideas: el artista se ha cegado para el mundo exterior y ha vuelto su pupila hacia los paisajes internos y subje-

tivos.» Si, pues, se ha dejado de pintar las cosas y lo que se pretende es pintar la *idea cosa*, lo que hacemos es humanizar las cosas. Si miramos, no la realidad, sino más allá de la realidad deja el objeto de venir hacia nosotros y somos nosotros los que vamos hacia el objeto; lo desnaturalizamos y lo humanizamos a la vez. Mejor sería llamarle a estas corrientes modernistas o futuristas *la desobjetivación del arte*. Lo poco de objetivo que en sí ha tenido el arte pensamos todavía arrebatárselo con un imperio absoluto de lo subjetivo. Espontáneamente, el arte, en toda época, ha revelado esta aspiración.

Si, pues — como hemos señalado al principio — el arte ha de recaer en lo subjetivo y ser en esencia manifestación de lo profundo, habremos de convenir que ha entrado el arte en su fase más pura y auténtica. Pero si nos atenemos a los hechos tendremos que confesar que las buenas intenciones no han sido coronadas por el éxito. El arte moderno con su cubismo, surrealismo, suprematismo, constructivismo y tantos otros ismos, no ha conseguido despertar interés en sus creaciones. La emotividad de sus obras se escapa casi siempre para el público. Yo no creo, fuera de algunas excentricidades, haya insinceridad en los jóvenes artistas. Ocurre que son tan personales las obras que su significación se pierde para quien no sea su propio autor. De aquí, la tragedia del incomprendido. El artista trata de hacer valer y dar a conocer aquello que por ser tan suyo, resulta poco menos que imposible de expresar e ininteligible para los demás. Es un cegarse a la realidad de las formas externas y querer imponer a

ellas el ideal subjetivo que el artista se ha forjado. Es la sublimación de la voluntad de poderío de que hablara Nietzsche extendida esta voluntad de poderío hasta el límite de querer transformar las cosas exteriores imprimiéndoles las formas emanadas de nuestra voluntad, forjándolas y fundiéndolas en los moldes de nuestra visión.

Dios con su voluntad y poderío infinito hizo el mundo expresión de su verbo, o emanación divina como diría Plotino. Y vio que era bueno. El hombre limita su creación, manifestación espiritual de su voluntad de poderío, a las pequeñas cosas, artísticamente creadas. Y también ve y contempla que son buenas.

\* \* \*

Divagando sobre estos temas no podemos menos que enzarzarnos con las ciencias llamadas subjetivas o también ciencias humanas. Aparentemente estas ciencias, como la antropología y la psicología, estudian el hombre tal cual es, como un ente de la naturaleza, o tal como se comporta o se ha comportado a lo largo de su existencia, como la sociología, historia, ciencias jurídicas, etc. Todas estas ciencias del hombre, en realidad toman al hombre como un objeto más de la naturaleza. Cuando el hombre estudia al hombre, objetiviza el hombre. El hombre hace ciencia sobre el hombre, desalojando al hombre de su intimidad, de su propio yo, estudiándolo como un objeto más de la naturaleza. Cuando el historiador estudia un personaje histórico y trata de llegar a la

intimidad del personaje, se sitúa en postura análoga a la del pintor frente al modelo, y podremos preguntarnos: ¿Qué saldrá de la biografía del personaje, cómo, qué saldrá del cuadro, un fiel retrato de la realidad o una idea de esa realidad? Es decir, la idea propia, personal, la forma de vivir y comprender aquel personaje que tenga el historiador, el cual, tanto o más que una descripción exacta del personaje histórico nos dará la visión suya propia, o sea una creación personal de aquel personaje: en definitiva hará como el pintor, una obra de arte.

En las ciencias humanas habremos de saber distinguir, la objetivación del *ser* hombre, descrito en leyes generales, como hacen todas las ciencias, de aquellos otros aspectos, circunscritos a un determinado personaje humano, Julio César, Napoleón, Felipe II..., donde el científico al estudiar una persona humana determinada, tendrá que penetrar en su interior, o tratar de penetrar en todo lo que esté a su alcance, decimos, en su interior, y, entonces, ya no tratará con el ser genérico hombre, al que son aplicables leyes de valor universal, como las tienen en su comportamiento todas las cosas del Cosmos, desde el electrón hasta una galaxia, sino que se enfrentará con el macrocosmos espiritual que significa un alma humana, una determinada alma humana. Esta es la gran diferencia entre el hombre y los demás seres del Universo. Entre las ciencias que estudian a este *ser* hombre y las que estudian los restantes seres.

En el hombre hay tanta subjetivación que hasta se ha dicho que no hay enfermedades sino enfermos.

Si profundizáramos en el problema de la objetividad de la actividad científica tal vez fuéramos desviados hacia el camino idealista, tal como la filosofía plantea la teoría del conocimiento de las cosas, y tuviéramos que preguntarnos: ¿es el mundo físico de la ciencia, tal como nos muestra y nos describe la ciencia, fiel retrato de la objetividad o es tan sólo una idea o un conjunto de ideas de los físicos? Probablemente no será más que una imagen aproximada de la realidad. Pero no vayamos a negar la realidad y hundirnos en un solipsismo.

De todas maneras, dejando en sus discusiones a los filósofos del conocimiento, se nos aparece patente la actividad objetiva del investigador, observando fenómenos del mundo de la naturaleza, tomando medidas y calculando, y la actividad creadora del artista, ofreciéndonos un mundo nuevo de figuras y personajes con sus pasiones.

## EL SENTIDO VITAL DEL ARTE

*Si un hombre cualquiera, incluso vulgar, supiese narrar su propia vida, escribiría una de las más grandes novelas que se hayan escrito jamás.*

Papini

Además de esta diferencia que hemos remarcado entre el sentido objetivo de la ciencia y el subjetivo del arte, podemos señalar otra, seguramente, de mayor interés e importancia. Resulta, que la ciencia se desinteresa de una manera general de todo problema vital; el arte, por el contrario, encierra siempre problemas y aspectos de la vida. Las cuestiones científicas no atañen en nada a cuestiones vitales; su campo está fuera de nuestra vida, de la mía, de la de cada uno. Si la medicina cuida de las vidas humanas, cuando se enfrenta con la mía propia tiene que resolver siempre problemas muy particulares. Tan sólo habrá de vital en la ciencia la curiosidad, origen de todo conocimiento. Los móviles que llevan a la investigación son, desde luego, intensamente humanos. Es el sentimiento innato en el hombre de discernir el misterio que le rodea. Pero, la

explicación de un fenómeno de la naturaleza, una ley física, una observación astronómica, una experiencia de laboratorio, son cuestiones que, desde luego, están al margen de la vida. En una ley física, pongamos por caso, hay solamente de humano en ella el ser impuesta por nuestra voluntad; el pretender que los hechos sucedan de aquella forma. No es que la Naturaleza se rija exactamente por las normas que nosotros le señalamos. Ya decía Newton a raíz de su descubrimiento de la gravitación universal: las cosas *pasan como* si los cuerpos se atrayeran en razón directa de las masas e inversa del cuadro de sus distancias. Es indudable que en nuestros conocimientos científicos hay algo así como un mundo que hubiese salido según nuestra voluntad. Schopenhauer así lo expresaba. Y cuando Galileo decía que la naturaleza está escrita en lengua matemática trasladaba al mundo su visión intelectual que es la que seguirán igualmente Newton y todos los físicos posteriores. Y a esta concepción matemática, y por ende lógica y racional que ha seguido el pensamiento occidental, se rebeló Goethe, exclamando: la naturaleza no tiene sistema, tiene vida. Era la exclamación de un poeta más que de un hombre de ciencia.

Mas lo que sí podemos distinguir categóricamente es que la ciencia no se ocupa de aquellos problemas que la misma vida se plantea. Problemas íntimos del hombre. Una novela, una poesía, una pintura, un poema sinfónico, nos coloca siempre frente a un hecho vital, humano. El arte no abandona, un solo momento, el contacto con la vida.

El profundo sentido vital del arte está en que el arte no se contenta con estudiar y describir, con plácida aceptación, el mundo de la naturaleza. No se conforma, no, con contemplar, escudriñar y admirar la obra de Dios. Con sus escasas fuerzas y cortas posibilidades, no sin orgullo, pretende crear un mundo suyo propio.

El artista es el hombre que con más amplitud e intensidad siente la vida. Le domina un ansia poderosa de vivir. Esto hace, que con no rara frecuencia se entregue a la más desenfrenada vida de placeres. Goza, el artista, la alegría como nadie; pero también sufre el dolor con las más horrendas torturas, respondiendo a la extremada sensibilidad que posee. Y como la felicidad, por lo general, obedece nada más que a la inconsciencia, a la ignorancia de la cruda realidad que la vida significa, es por eso, que la desventura e infelicidad hayan amargado a no pocos artistas, ya que ellos, mejor que otro cualquiera, conocen el dolor que acompaña nuestras existencias. Y no pocas veces, cuando la adversidad se ha cernido sobre ellos con asidua impiedad ha acarreado consecuentemente las catástrofes que llevan al suicidio. Estas tragedias no suelen darse en el sabio. Debido, sin duda, a que el hombre de estudio vive absorto en el mundo de sus ocupaciones y preocupaciones, no siente la vida con la intensidad que la siente el artista y, por lo mismo, tampoco el profundo dolor que a ésta acompaña. Desarrollándose el hombre que a la investigación y estudio se dedica en obsesionante atención a lo objetivo, se le embota su sensibilidad y consecuencia de esto será que no

sienta las penas y alegrías con la intensidad y viveza que las siente aquel para quien vivir es el sumo bien. La vida de estos hombres es poco rica en variedad de emociones; resulta de una tonalidad sensitiva uniforme. Así, pues, el científico, el investigador, el erudito en general, no viven una vida integral e intensa, como el artista. Funciona en ellos exclusivamente el cerebro. Se hipertrofia este órgano, en tanto su corazón late débil y enfermizo.

Las biografías de los artistas son más interesantes que las de los sabios. Por eso no suelen escribirse las de estos últimos.

\* \* \*

Reza el refrán: la curiosidad madre de toda la ciencia. ¡Quién sabe si el origen de esta curiosidad no está en el desdén y poca estimación por la vida! Aquel que no ame la vida y aprecie todas sus bellezas, estará predispuesto a no ver armonía y magnificencia más que en el Universo. De esto derivaría la adoración que el hombre de tendencias hacia lo objetivo siente por la Naturaleza. Para el astrónomo no hay nada más sublime que el firmamento con todos sus misterios; domínale como un arrebató de pasión mística por los astros. El físico, análogamente, maravillase ante la posibilidad de llegar a contar el número de átomos contenidos en un volumen de materia; de llegar a medir las distancias y conocer la disposición geométrica que adoptan las moléculas en los cristales y demás hechos y fenómenos parecidos. En él anida a modo de un sentimiento religioso nacido

de la observación externa. En tanto que el auténtico sentimiento religioso emana de la persona misma; no necesita el concurso de las cosas que se hallan fuera del hombre. Los fundadores de religiones no hablan de las estrellas; su atención no recae sobre la naturaleza. Ante ellos se presenta la realidad suprema que el hombre significa. Poco cuidado les ha merecido el mundo de la naturaleza, que tenían ante sus ojos. Todo el misterio del Universo qué es al fin y al cabo más que el misterio del hombre, único que en último término nos interesa. ¿Lo demás qué? Si la materia se desintegra; si la energía se degrada; si el Universo es finito o infinito, ¿qué importancia podrá tener todo esto para aquel que piense en el pavoroso problema de nuestra eternidad? Quien aspire con toda su voluntad a resolver esta cuestión previa y fundamental de *mortalidad* o *inmortalidad* de seguro que no le preocupará lo más mínimo la constitución física del Sol o lo que pasa en Saturno. Porque si realmente, nuestra existencia se limita a estos años de vida terrenal, ¿para qué esforzarse en averiguar si hay o no hay habitantes en Marte, cuando dentro de poco todo se ha de desvanecer? Si, en realidad, existe un materialista convencido y no se pega un tiro es porque le importa un bledo vivir.<sup>5</sup> Como este tremendo problema, insoluble a la vez, basta para absorber la vida toda de un hombre, de aquí que los grandes predicadores de religiones,

---

5 No recuerdo bien si esta o análoga frase está en *El Sentimiento Trágico de la Vida*, de Unamuno; pero bien pudiera ser.

quienes lo han sentido con máxima amplitud e intensidad, no se hayan ocupado jamás de las cosas del mundo, careciendo por lo mismo de todo espíritu científico. Su ignorancia en este respecto ha sido total. ¡Y sin embargo, de qué talento, de qué profundidad de pensamiento estaban dotados! Su vista se volvía introspectiva y sólo querían oír las voces que subían de la sima de su ser. Fueron sobre todo hombres de corazón. En las biografías de un Buda, un Mahoma, un Lutero, encontramos siempre un hecho fortuito que lacerando sus sensibles corazones fue motivo del despertar de sus conciencias religiosas. Cuentan que Gautama Buda pasó su juventud hasta los 29 años viviendo rodeado de placeres y comodidades, como correspondía a un aristócrata de distinguida familia india. Desconocía cómo era la vida de aquellos que no habían tenido la suerte de nacer afortunados. Más allá de sus palacios y jardines nunca había vagado. He aquí, que un día salió de viaje y por el camino encontró un hombre terriblemente encorvado por la edad. El espectáculo de esta pobre criatura hirió su sensible imaginación. Tal es el camino de la vida — dijo Channa su cochero — y a ello todos debemos llegar. Aún no borrada la impresión de esta escena, se le presentó un hombre que atacado de un mal terrible se revolvía en los más espantosos sufrimientos. Tal es el camino de la vida, dijo de nuevo su cochero. La tercera visión fue un cadáver abandonado sin sepultura, hinchado, sin ojos, medio comidas sus carnes por las bestias. Tal es el camino de la vida pronunció Channa por tercera vez. Estas escenas, nada palaciegas, eran desco-

nocidas por Gautama. La punzante realidad, despertó así en el joven indú sentimientos de compasión y ternura que más adelante darían lugar a su doctrina religiosa. También de Lutero cuentan que el haber presenciado cómo caía, casi a sus pies, muerto por un rayo uno de sus mejores amigos, le produjo tal trastorno en su imaginación, que ya en lo sucesivo no le interesó otro problema más que el de la muerte.

\* \* \*

Nuestra actual civilización padece un desequilibrio biológico. Domina el tipo objetivo, el hombre que dispara hacia fuera el centro de su vida; y ésta se encuentra bastante desnutrida; necesita alimento espiritual, fuertes vitaminas que la tonifiquen. Es llegado el momento de que el occidental desvíe su desmesurada atención por lo externo hacia un mayor cuidado y atención por su vida que se encuentra amenazada de peligro. A fuerza de experimentar y razonar sobre hechos y fenómenos naturales hemos quebrado el complejo humano. Vivimos excesivamente asomados al exterior; inquietos por saber lo que se pasa en la calle. Nuestras vidas están centrifugadas y congestionada nuestra epidermis. Es hora de desviar el torrente circulatorio hacia el interior. Hemos caído en un torbellino, cuya fuerza centrífuga empuja al exterior el centro de gravedad de nuestra vida. Nos domina el vértigo de la velocidad. Todo lo cruzamos a 100 kilómetros por hora. No nos detenemos a contemplar los paisajes.

Esta manera poco reflexiva y agitadísima de conducirnos ha debido influir grandemente en crear el carácter juvenil que Ortega y Gasset ha sabido descubrir en nuestra época. Pues la juventud transcurre con estas características de expansión, de un vivir fuera de sí mismo. Es la edad en la que la convivencia se ejerce en más alto grado. Además, en este fenómeno, habrá tenido influjo también el hecho que, actualmente, en Occidente domina el espíritu del hombre nórdico, poco trágico y muy infantil. Si, pues, nuestros tiempos son de jóvenes, por ley biológica habrá de sucederle una época de adultos. Si así sucede la próxima cultura se caracterizará por una gran madurez y profundidad de pensamiento. Keyserling profetiza que la nueva época que ha de venir será menos racionalista y con más sentido de las cosas. Es decir, se restablecerá el equilibrio de nuestro actual desequilibrio vital. Se le concederá al sentimiento la parte que le corresponde. Como el carácter principal de la cultura española es afectivo y emocional (piénsese en el estudio que del español hace Madariaga),<sup>6</sup> es por esta razón que Keyserling asigna para España un buen papel influyente y decisivo en los tiempos que se avecinan.

---

6 Salvador de Madariaga.—Ingleses, franceses y españoles. Un estudio acerca de estos tres tipos humanos.

## NUESTRAS POSIBILIDADES CIENTIFICAS

*Es menester que los hombres  
tengan ideas, suele decirse. Yo,  
sin negar esto, diría más bien:  
es menester que las ideas ten-  
gan hombres.*

Unamuno

Se ha querido ver, como causa del atraso científico de nuestra patria, las disposiciones de Felipe II cuando — a fin de evitar el contagio con las ideas de la Reforma — rompió el contacto e intercambio de nuestras universidades con las del resto de Europa. Política, ésta, que fue constantemente mantenida por las monarquías absolutas de España y avivado este recelo por el furor fanático de la Inquisición. Bien es verdad que esto sólo basta para traer la ruina al desarrollo científico de cualquier país. Pero el hecho que en la actualidad carezcamos todavía de esa vida científica tan anhelada es significativo, y hace pensar que la causa de este atraso no haya que achacarla solamente a motivos más o menos eventuales, antes bien habría que buscarla en parti-

## NUESTRAS POSIBILIDADES CIENTIFICAS

*Es menester que los hombres  
tengan ideas, suele decirse. Yo,  
sin negar esto, diría más bien:  
es menester que las ideas ten-  
gan hombres.*

Unamuno

Se ha querido ver, como causa del atraso científico de nuestra patria, las disposiciones de Felipe II cuando — a fin de evitar el contagio con las ideas de la Reforma — rompió el contacto e intercambio de nuestras universidades con las del resto de Europa. Política, ésta, que fue constantemente mantenida por las monarquías absolutas de España y avivado este recelo por el furor fanático de la Inquisición. Bien es verdad que esto sólo basta para traer la ruina al desarrollo científico de cualquier país. Pero el hecho que en la actualidad carezcamos todavía de esa vida científica tan anhelada es significativo, y hace pensar que la causa de este atraso no haya que achacarla solamente a motivos más o menos eventuales, antes bien habría que buscarla en parti-

cularidades y características intrínsecas de nuestra raza.

Desde hace un siglo España ha venido esforzándose por asimilarse el pensamiento europeo. Es evidente, que en gran parte lo ha logrado. En arte, en letras y en la vida ordinaria llevamos un ritmo decididamente moderno. Ahora bien: la ciencia nacional no se ha estructurado todavía. Hay ramas del conocimiento científico casi desconocidas en nuestra patria. Las investigaciones y publicaciones científicas españolas son tan pobres que nuestra aportación y colaboración al progreso mundial de las ciencias, puede calificarse como nulo. Si han brillado algunos destellos, pálidos por lo demás y aislados, no han tenido la lucidez necesaria para formar escuelas. Mientras que, en arte y en literatura, España, no solamente se ha destacado por su abundante y exquisita producción, sino que además, inclusive, ha sido factor influyente; vemos, pues, que en ciencia, ha vivido al margen de toda actividad. Toma, pues, este mal, o dolencia nacional las apariencias de una enfermedad endémica en nuestro espíritu.

Si intentamos explicarnos este fenómeno evitemos caer, en primer lugar, en esos tópicos manoseados: sobre la pereza de nuestra raza meridional, como una consecuencia del clima; del espléndido sol que invita insistentemente a salir de casa, abandonando, por lo tanto, el gabinete de estudio, etc. A todo esto se podría contestar con el ejemplo de otros países de la misma latitud del nuestro, como Italia. Además, cuando pienso en el heroico trabajo del labriego peninsular no puedo creer en nuestra holgazanería.

No se quiera, tampoco, achacar toda la culpa a la escasa protección de nuestros gobiernos. Pues hay estudios, como los matemáticos, que no precisan de costosas instalaciones de laboratorios. Un seminario matemático, demanda para su sostenimiento, únicamente, el calor del entusiasmo de unos cuantos apasionados por el estudio de las ciencias exactas. Habremos de rendirnos a la evidencia y reconocer de una vez que el carácter del español, su temperamento racial, no le hace apto y entusiasta para las tareas científicas. Mas no se vaya a caer, por esto, en amargo pesimismo por cuanto hace referencia a los destinos culturales de España. Que a España no le aguarde un gran porvenir dentro del terreno científico no significa que no tenga posibilidad de llegar a un grado elevado en su cultura. Lo único, que estas posibilidades de conquistas culturales no están del lado objetivo cual es el de la ciencia, sino del otro lado afectivo y sentimental que al arte corresponden.

\* \* \*

En otros escritos anteriores hemos indicado algunas diferencias que marcan la separación entre ciencia y arte, así como la distinción que hemos hecho entre ambas actividades, la del científico y la del artista. Lo dicho allí puede darnos alguna luz que nos aclare o nos explique el porqué del estado precario de nuestra cultura de erudición. Por lo menos podremos razonar y desenvolvernos en un plano que no sea el de los lugares comunes.

Empecemos recordando el sentido personal e individualista que en el arte preside. En el anterior estudio, o mejor divagación, al hablar de «investigación y creación», hemos observado cómo el artista puede y debe obedecer a sus propios impulsos. En sus obras dejará impresos los rasgos de su espiritualidad. ¡Qué fruición no ha de sentir el artista al contemplar cómo lo más íntimo, lo más personal de su ser ha quedado patente en su producción artística! ¡Lo que hay de pureza individual en lo más hondo de su alma ha brotado a la superficie mediante sus creaciones! Esto le separa en absoluto del científico. Las investigaciones de éste son secretos arrancados a la Naturaleza, pero que no nos hablan ni pueden hablarnos del individuo. Si no nos enseñaran que tal teorema fue descubierto por Cauchy y tal otro por Gauss, por su contenido, por su forma, jamás podríamos adivinar su procedencia. ¿Y en el arte? Donde y cuando nos encontremos con un cuadro del Greco, pongamos por ejemplo, no podremos dudar de su autenticidad. Bastará leer la descripción de un personaje en una novela abierta al azar, para reconocer, al instante, si tenemos en nuestras manos, una obra de Dostoiewsky o de Balzac o de Dickens. Delante una fotografía de una catedral gótica descubriremos, al momento, sin titubeos apenas, su nacionalidad. Es que, en la obra artística, rezuma el alma del artista o del pueblo si de un monumento arquitectónico se trata.

Ahora bien: forzosamente, por lo que llevamos dicho, el español ha de sentirse con más vocación arrastrado a atender el cultivo del arte que el de la

ciencia. El del *sentimiento trágico de la vida*, con su ansia de inmortalidad, pero inmortalidad de *carne y alma*, verá en el arte el medio de perpetuarse, de grabar para siempre a través de sus obras aquello que de particular e individual exista en su espíritu. El sentimiento de personalización y, por ende, la defensa de la propia personalidad, es uno de los que con más firmeza siente el peninsular. Ha sido el móvil que constantemente descubrimos en la historia española. En la misma conquista de América, la aspiración suprema de Castilla fue, ante todo, asegurar el dominio de su espíritu en aquellas tierras. La colonización de la América Sajona se diferencia de la colonización de la América Hispana en que, la primera fue llevada a cabo por aventureros, con miras al negocio y con el afán de lucro; nosotros, por el contrario, mandábamos misioneros y alguno que otro barco para que cargara con oro a fin de sostener nuestras estúpidas guerras en Europa. Pero jamás nos movió el móvil del negocio. Así ha resultado, cómo en los Estados Unidos se ha forjado el pueblo mejor dotado para la empresa comercial: responde a la selección del más fino espíritu mercantilista de Europa.

Así, pues, el español tiende a exaltar el individuo, a destacarse de entre la masa. El *imperio de las masas* de que nos habla Ortega y Gasset responde en el fondo a esta cualidad. La *masa* lo es, en efecto, mientras quienes la forman dejan todo individualismo para responder colectivamente y ser dóciles a los mandatos de la minoría egregia. Forman materia plástica con la que el político dirigente pueda mol-

dear la estructura política de una nación. Pero si cada uno se esfuerza por destacarse entre la masa y hacer valer su personalidad aunque ésta sea la de un mamarracho, la vida política se hace imposible y cae infaliblemente en la anarquía. La aparición del *héroe* es, tanto producto del valor personal, como del entusiasmo que las masas depositan en él. Nosotros un héroe que creamos, D. Quijote, hicimos lo posible por hacerle fracasar (cosa que repetimos igualmente con todos los jefes políticos) y encima lo ridiculizamos. Negamos al héroe, porque si le reconocemos hemos de someternos a ser conducidos por él.<sup>7</sup> Somos los españoles unos Judas. Así, las cosas, es muy difícil de que un país pueda ser gobernado democráticamente. Una sociedad democrática subsiste, en tanto, la sociedad se mantenga en una estratificación de clases que responda a un orden de mayor a menor densidad.

Ganivet para explicarse qué es lo que ha impedido e impedirá, probablemente, todo intento de federación de los estados hispano-americanos, bus-

---

7 Alguna vez me he preguntado si nuestra rebeldía y resistencia a dejarnos conducir obedecerá, tal vez, a un carácter predominante masculino en el español. Keyserling, en el «Análisis espectral de un continente» nos dice que justamente, por ser femeninas las características dominantes en el alemán, éste siente propensión a dejarse llevar, por consiguiente, es dócil al mandato. De aquí proviene, probablemente, el entusiasmo que el alemán siente por la disciplina militar o de cualquier otro género que sea. ¿Será un síntoma de esta masculinidad el que sea precisamente España el país de Europa donde se encuentran más calvos? Porque como es sabido la calvicie es un síntoma de virilidad.

caba la razón de esto en el individualismo acendrado de nuestra raza, y hacía resaltar cómo el americano hispano lleva cada cual un apelativo del que carece el americano de los Estados Unidos, como no use «el mote de yankee». Y a este particular decía: «Cuando un hombre dice que es mejicano, argentino... dice algo que le redondea, que le da un aire personal, en suma, que le marca con el espíritu de su territorio.» Se le podría llamar a esto la rebeldía de la especie contra el género. No llevar un nombre que comprenda a muchos sino uno que sea personal.

Precisamente ha ocurrido con el movimiento regionalista lo que por fuerza tenía que suceder. Es consecuente con nuestras características raciales. En cuanto han salido las regiones — y en general toda la vida ciudadana española — del aletargamiento en que han vivido durante algunos siglos, al adquirir conciencia de su personalidad, se han exaltado los nacionalismos peninsulares, y uno de ellos, con fuerte violencia y decidido ímpetu, ha hecho irrupción en la lucha política española. Será conveniente reconocerlo ya para siempre. Tendemos los peninsulares a la atomización. Por lo tanto, para hacer de la Península un sistema estable no es posible la fusión de todos sus componentes y el consiguiente moldeado en el mismo molde. Los átomos tienden a escaparse y son además indestructibles. Con la fusión no se consigue más que darles mayor movilidad. Es preferible estructurarlos en una forma cristalina que es la más estable, y, para ello, precisa, asignarle a cada molécula el lugar que tiene que ocupar y respetarle el sitio. Sin lo último se rompe el equi-

librio y la forma cristalina desaparece. Para hacer de España un organismo vertebrado habremos de empezar reconociendo estas fuerzas repulsivas que agitan los pueblos ibéricos, las cuales nacen del afán de defender sus características personales (ansia de personalización). Nunca más pensar en un asimilismo por parte de Castilla. Todo intento en este sentido quedará frustrado por la resistencia tenaz que le opondrá la periferia peninsular. Y en política es prudente y aconsejable apartarse de las acciones que puedan resultar estériles: procurar siempre no gastar en vano las limitadas energías de los pueblos; saberlas administrar con juicio para el máximo provecho. La aparición de los regionalismos, no creo, sea un síntoma de invertebración, como apuntaba Ortega y Gasset en su libro «España Invertebrada», a no ser que se entienda irremisiblemente por España vertebrada la centralista y uniforme. Precisamente, el mayor silencio de las regiones ha correspondido con los siglos de mayor desventura política para España. El resurgimiento de nuestra vida española le vemos correr parejas con el despertar de las regiones.

De manera que, el español, luchará con ahínco por el dominio y afianzamiento de su personalidad. Querrá ser uno, *Juan Pérez*, y se acogerá con pasión y entusiasmo a toda actividad mediante la cual pueda poner de manifiesto lo suyo, lo íntimo, aquello que es propio y particular de él, que forma su espíritu inconfundible con el de los otros hombres, que nadie se lo podrá arrebatarse y siempre significará el sello inconfundible de su *individualidad*. Es el sentimiento de *diferenciación personal*. Dudo que haya habido

pintores de otras naciones que se presenten tan diferentes, tan distantes entre ellos, como los nuestros. Mídanse las distancias y diferencias que separan a Velázquez, Greco, Goya, Zurbarán y Murillo, nuestros cinco mejores pintores, y hágase idéntica comparación con pintores de otros países. Tal vez la inferioridad en que se ha hallado nuestra escultura respecto a nuestra pintura sea debido a que, en ésta, el pintor se encuentra en posesión de más recursos con los que hacer resaltar mayor cantidad de rasgos distintivos y personales: colorido, formas, distribución de masas, etc.

Referente a nuestro personalismo en el arte veamos lo que dijo Angel Ganivet en su *Idearium*.<sup>8</sup> «... nuestro carácter, en cuanto a la técnica artística, es un exaltado amor a la independencia, que nos lleva a no hacer caso de nadie, a lo sumo, a proceder por espíritu de oposición y luego a no hacer caso de nosotros mismos, a trabajar sin reflexión y a exponernos a los mayores fracasos». Más adelante añade:<sup>9</sup> «En cuanto a la poesía, a la novela, a la vista de todos está cómo hemos tenido o tenemos representantes de todas las tendencias artísticas de Europa, sin llegar a constituir grupos, por nuestra tendencia o propensión a desvirtuar las formas convencionales, aunque estén en gran predicamento, para convertirlas en estilo propio y personal; y a la vista está también que ningún poeta, o novelista, o simplemente escritor, acepta lecciones de quienes son reconocidos

---

8 Angel Ganivet.—*Idearium Español*, pág. 81.

9 *Ob. cit.*, pág. 83.

y acatados como maestros, que todos desean ser cabezas de ratón o de león, poco importa, y que en vez de formar un ejército literario no somos más que una partida de gerrilleros de las letras». Pues bien; con las tendencias o propensión a desvirtuar las formas convencionales, ¿cómo van a existir las normas necesarias para encauzar el pensamiento científico? Para la ciencia esta manera de ser y de conducirse es catastrófica. En el arte, no llega a tener tan graves consecuencias, pues en él siempre queda la inspiración aunque llegue a faltar la técnica y los procedimientos: como ocurre con la pintura y escultura góticas y románicas que, a pesar de sus imperfecciones de orden técnico, están repletas de espiritualidad y belleza.

Acabamos de decir que en el arte si ocurre faltar la técnica siempre queda la inspiración como espiritualidad que nos viene del artista. Pero tratándose del hombre que al estudio se dedica, o sabe y descubre, o no queda nada de él. Aquí no se puede, de ningún modo, eludir la técnica que supone la disciplina y rigor de los métodos científicos, y esta labor ha de ser, por consiguiente, ordenada y metódica. Veamos, una vez más, lo que dijo Ganivet en su obra anteriormente citada:<sup>10</sup> «Cómo se explica que Lope de Vega, con su genio dramático original, fecundísimo, no nos haya dejado una obra "acabada" como Hamlet? No es que las facultades creadoras de Lope fueran inferiores a las de Shakespeare, sino que Shakespeare disparaba después de apuntar

---

10 *Ob. cit.*, pág. 80.

bien y daba casi siempre en el blanco; mientras que Lope no daba casi nunca porque tiraba sin apuntar, al aire». No sé si Lope de Vega llegó a tener las facultades creadoras de Shakespeare. Sí es cierto, sin embargo, que con todos sus defectos, Lope dejó una magnífica producción teatral y aunque no cuente con ninguna obra de la grandeza de Hamlet, no obstante, siempre encontramos en su teatro aquella gracia y donaire que le acompañaban. Pero esta falta de apuntar bien, esta falta de dirigir y encauzar debidamente los problemas, tratándose de cuestiones científicas, lleva irremediablemente a la esterilidad.

Han habido artistas, quienes, han vivido vagando y sin rumbo; mas un investigador a la deriva no es posible que exista. Siempre vemos al hombre de ciencia bien agarrado a su timón y conduciendo su nave por la ruta que se ha prefijado.

Ningún ejemplo mejor que ponga de manifiesto el temple individualista de nuestro pueblo, con su arraigado espíritu de rebeldía que opone tenaz resistencia a ser conducido colectivamente, como el que nos ofrece *Unamuno*; magnífico ejemplar de nuestra raza, en quien vibran con la máxima amplitud los sentimientos todos que integran el alma del español. Cuando preguntado acerca de su religión responde que él no está acogido a ninguna religión militante, teniendo, al contrario, la suya propia y particular, contesta con el siguiente párrafo: «Y yo no quiero dejarme encasillar; porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy especie única; “no hay enfermedades, sino enfermos” suelen decir algunos médicos, y yo digo

que no hay opiniones, sino opinantes.»<sup>11</sup> Pues bien aquel que asigna como realidad suprema al ser opinante, es que considera al hombre, en la gran perspectiva del Cosmos, en primer plano, y si, además, afirma que aspira a conciencia plena es que ama intensamente la vida; y éste es un artista o un filósofo tal que, como el mismo Unamuno dice y gusta repetir la frase, siente las ideas y piensa los sentimientos. Será un filósofo muy distante de aquellos otros, todo cerebro, que sujetan el pensamiento a la metodología y la crítica; un filósofo que dirá únicamente las cosas que sienta; aquellas otras que no vivan en su corazón, aunque se presenten con el complicado y sutil armazón de la lógica, no las admitirá.

En resumen, hemos señalado cómo el trabajo científico, en general de investigación, es riguroso en sus métodos en cuanto a ordenación y disciplina. Disciplina que no siempre resulta necesaria para el ejercicio del arte. También hemos indicado, como consecuencia de nuestro acendrado individualismo y del afán de personalización e inmortalidad de que estamos poseídos, pero ésta de carne y alma como nos manifiesta Unamuno, el desinterés y poco apasionamiento que el español ha de sentir por los estudios científicos. Su pasión e interés recaerá en el arte ya que éste ha de permitirle poner de relieve y grabar eternamente a través de sus obras los atributos de su personalidad. Su genialidad aplicada al

---

11 Miguel de Unamuno.—Mi religión y otros ensayos.

arte le inmortaliza en fama y espíritu; en tanto que la ciencia únicamente le proporcionaría la primera, la fama.

\* \* \*

Además de estos factores que influyen creando nuestro temperamento acientífico, añádase nuestra escasísima curiosidad por la naturaleza. Hemos dicho anteriormente que la ciencia nace de la atención prestada a las cosas que nos rodean. El científico vive disparado hacia afuera, aun cuando muchas veces aparezca ensimismado, como despreocupado del mundo que está en su derredor: sin embargo, nunca sus meditaciones van encaminadas a sondear el abismo de su profundidad, sino la infinitud de lo que le envuelve. Es el tipo de hombre objetivo, por excelencia, como hicimos notar en dos anteriores meditaciones.

Contemplando las soledades de nuestras estepas (como la manchega) y páramos (como los aragoneses), así como la mayoría de nuestras campiñas, desoladas, sin casas, que como un atavío rompieran la monotonía de la aridez del desnudo paisaje, adquiere uno la convicción de que realmente, el español, rehuye la naturaleza. Aunque parezca paradójico, el caso es, que nuestro labriego no habita en el campo. Va a él todos los días para hacer sus cotidianas faenas agrícolas, pero forzado, obligado por este trabajo que le significa el único medio de asegurarse el sustento de su vida. Mas, en realidad, sucede que el campo le repele, y apenas siente amor o cariño

por él. Otra cosa fuera la estepa castellana si su campesino le prestara más atención. Quizá no fuera estepa. Con seguridad no ofrecería ese aspecto de mar desecada que ahora tiene. Árboles y viviendas habría que romperían la continuidad de la línea geométrica del horizonte. Ortega y Gasset se pregunta<sup>12</sup> si no será que la estepa radica ya en principio en el alma del castellano. Un pueblo — dice — cuando no puede soportar un país emigra a otro. El hecho que el castellano siga viviendo desde tanto tiempo en esa árida altiplanicie hace suponer que se halla a gusto. Yo que soy levantino y, por lo cual, he gozado las caricias deliciosas de las brisas del Mediterráneo y las bondades de un clima benigno y templado, admiro, por todo ello, la fortaleza del castellano resistiendo aquellas tierras inhospitalarias. País, Castilla, de temperaturas extremadas; suelo de escasa fertilidad y seco; clima adverso, en todo momento, a la buena marcha de los cultivos, frustrando siempre las esperanzas del labriego en sus cosechas; donde el hombre tiene allí que espantar constantemente el fantasma del hambre y la miseria. Más fuerte todavía ha de ser el temple de su espíritu para soportar aquel paisaje imponente, sobrio, exento de sensualismo (antítesis del francés), donde uno no puede regalarse con las cosas dulces y suaves; habiéndose de enfrentar cara a cara con la cruda y desnuda naturaleza. Aquella ilimitada llanura parece estar adrede para sostener la inmensa copa de azul inver-

---

12 Ortega y Gasset.—El espectador, tomo VI, Temas de Viaje.

tida que el cielo representa según la imagen de Oscar Wilde.

Viajando por Francia y por los países del centro y norte de Europa llama poderosamente la atención al peninsular ibérico, que los pueblos no están formados, como los nuestros, por el agrupamiento en forma compacta de casas, de tal forma que se pueda delimitar perfectamente los correspondientes dominios del campo y la ciudad. Las casas no están adosadas una al lado de otra. Esto únicamente se ve cuando el crecimiento de la población obliga levantar altos edificios y construirlos, por consiguiente, sin más soluciones de continuidad que las que impongan calles y plazas. Pero mientras el pueblo se mantenga dentro de los límites de una aldea, observáis, cómo las casas tienen todas, o la mayor parte de ellas, luz y ventilación por las cuatro paredes, y es muy corriente estén adornadas además por un pequeño jardincillo. Lo más curioso e interesante de todo es que veis el campo profusamente poblado de granjas, casas de labor y toda clase de viviendas rurales en general. De tal modo, que las aldeas se os aparecen nada más que como una mayor condensación de viviendas; de las cuales difícilmente se pueden marcar los límites. Contrariamente, en España (a excepción de Galicia y la cornisa Cantábrica), aun en aquellas regiones más densamente pobladas de granjas, cortijos, masías, no dejan por eso los pueblos de presentarse formados por un apiñamiento de casas. Así, en tanto los pueblos rurales en el extranjero se hallan como centrifugados, aquí, en España, fuerzas ocultas de agregación mantienenlos compactos. Parece

como si las iglesias en nuestros pueblecitos hubiesen ejercido una misteriosa fuerza de atracción gravitatoria sobre las viviendas que acabó precipitándolas todas en su seno, aun aquellas sitas en los lugares del campo más recónditos y apartados. Y después para asegurar este ayuntamiento las circundó con el cinto de una muralla.

Puede muy bien, el que los pueblos en el extranjero se diluyan por el campo, ser consecuencia, como sin duda lo es, de las características pecuarias en que se desenvuelve la vida agrícola de aquellos países. Para nosotros, únicamente, nos interesa ahora la existencia del hecho, por cuanto ello trae como consecuencia que en estos pueblos el hombre viva sin perder el contacto con la naturaleza, como cogido y apresado por ella. Y la ama y la mima. Ved cómo cuida sus flores y el árbol que crece a la vera de su casa. Aquí, por el contrario, el hombre ha procurado fabricarse un medio de vida, un ambiente, para desatar el aprisionamiento que le produce el campo: este medio en el que desenvuelve el hombre su vida de relación es la plaza del pueblo. Nos muestra esto que en el fondo de la raza española anida una animadversión por la naturaleza. No vive cogido por ella como otros pueblos, antes al contrario, se ha esforzado por desasirse de ella. Todos los domingos el labriego español vuelve con desdén la espalda al campo.

Ahora bien: un pueblo como el nuestro despegado de la naturaleza estará pésimamente dotado, por falta de afición, para el estudio de la ciencia. Pues, ya hemos dicho, ésta nace de la curiosidad sentida

por las cosas y seres naturales. Es curioso, el caso, que fuera Linneo, un hombre de 60° de latitud Norte, natural de un país de escasa variedad de flora, quien diera el mayor avance a la botánica. No olvidemos, tampoco, la aportación valiosa que hizo a esta ciencia un poeta alemán: Goethe. Resulta que éste era un artista apasionado por la naturaleza como todos los románticos; y Linneo estaba reboante de esta curiosidad hacia lo objetivo de que tan poseídos están los pueblos nórdicos de Europa. Es de notar que la colaboración de los pueblos meridionales al progreso de las ciencias naturales (Botánica, Zoología y Geología) ha sido escasísima. Y es porque éstas son las más objetivas de todas las ciencias. Italia mismo, ha contribuido en mayor grado al desarrollo de la física y de las matemáticas, que no al de la botánica y zoología. En cuanto a España, los dos únicos descubrimientos de valor que se han hecho, han sido, el de la circulación de la sangre por Servet y los estudios sobre histología del sistema nervioso llevados a cabo por Cajal. Ambos descubrimientos — es notable — conciernen a lo menos objetivo de lo objetivo, cual es el hombre; y dentro de éste a algo que habla de la sangre o que discute con el espíritu.

En corroboración de lo que venimos diciendo, podemos señalar, que en España mientras imperó exclusivamente el espíritu de la cultura castellana (como ocurrió en los siglos que siguieron a la consecución de la Reconquista) nuestros pintores no pintaron más que santos y reyes, y aquellos tipos que encontráis en las plazas españolas: mendigos,

bobos, espadachines. Más tarde, el aragonés Goya, nacido en Fuendetodos, miserable pueblecito perdido en aquellas soledades de los páramos aragoneses sigue con igual tradición. En su gigantesca producción nunca descubrimos el instante en que Goya se detiene a contemplar un paisaje. ¿ Los aborreció desde su infancia? Ni como fondo en sus cuadros los utiliza. Todo en su pintura son figuras humanas, de nobleza y alta estirpe las unas; grotescas las otras. Fue preciso que despertaran su conciencia personal Cataluña y Valencia, para que el *paisaje* hiciera aparición en la pintura nacional.<sup>13</sup> Justamente estos pueblos, que pertenecen a un ámbito de cultura mediterránea y habitan países replegados en montañas, viven más adheridos a la tierra, que no aquellos otros en los que la llanura inmensa y desnuda es el plano ilimitado por el que la naturaleza se escapa al infinito.

Un factor que obra desfavorablemente a la consecución de una sólida y rica cultura (inclusive artística) es nuestra rigidez, nuestra falta de elasticidad y plasticidad para aceptar ideas nuevas. Exceso de inercia mental. Poca agilidad del intelecto. La estulticia de nuestras gentes sofoca y mata por asfixia

---

13 No hay que perder de vista que en los tiempos de la unificación española y en los que siguieron durante la decadencia, imperó soberano el espíritu de Castilla. La periferia vivía arrastrando los cuerpos muertos de sus culturas medievales. En estos últimos años se nota, por el contrario, un abatimiento en el ánimo y voluntad de Castilla y una mayor agitación y actividad de la periferia. En muchos aspectos de la vida cultural y sobre todo en política apreciamos la presión que se ejerce hacia el centro.

todo intento de renovación en cualquier esfera intelectual. A este respecto, un distinguido profesor de matemáticas, me contaba lo siguiente: Conoció, una vez, a un periodista que había dejado de estudiar ciencias exactas porque —decía él— no podía sujetarse a reconocer y dar por ciertos los principios axiomáticos de la matemática. ¿Es que para sentar los fundamentos de la geometría hay que admitir el postulado de Euclides? Pues, no me da la gana admitir aquello que no brota espontáneo de mi cabeza —replicaba él satisfecho de haber abandonado aquellos estudios cuya disciplina aherrojaba su díscola y rebelde inteligencia—. Nótese que la rebeldía, muchas veces, es hija de la incomprensión. La lógica obliga someternos a su voluntad inflexiva.

\* \* \*

Para terminar, he aquí, una página del «Idearium Español» de Angel Ganivet; aquel que tanto pensó en los destinos de su querida patria. «A la vista está nuestro desvío de las ciencias de aplicación: no hay medio de hacerlas arraigar en España, ni aun convirtiendo a los hombres de ciencia en funcionarios retribuidos por el Estado. Y no es que no haya hombres de ciencia: los ha habido y los hay; pero cuando no son de inteligencia mediocre, se sienten arrastrados hacia las alturas donde la ciencia se desnaturaliza, combinándose ya con la religión, ya con el arte. Castelar quiere ser historiador y sus estudios se le transforman en cantos épico-oratorios; Echeagaray, matemático y dramaturgo, maneja

los números con la maestría y profundo espiritua-  
lismo de los pitagóricos, y Letamendi escribe en  
nuestro tiempo sobre Medicina como un filósofo  
hipocrático.»<sup>14</sup>

14 Ganivet, *ob. cit.*, pág. 76.